

**VECINOCRACIA
(RE)TOMANDO LA CIUDAD**

VECINOCRACIA (RE)TOMANDO LA CIUDAD



+



ÍNDICE

Prólogo, por Colectivo Simbiosis Cultural	5
1. Hacer ciudad: Indoamericano	7
2. (Re)tomando el parque Indoamericano	13
3. Y el ganador es...	31
4. Haciendo la ciudad	39
Epílogo. Notas sobre ocupación, ultracentro y derecho al racismo	61

PRÓLOGO

El no derecho a ser ciudad

Los sonidos de la ciudad no eran los mismos esa mañana, el aire enrarecido colmaba los auriculares, las teles, todo los titulares que se expresaban en las miradas por todos lados. La voz del Indoamericano tomado había adquirido otra dirección.

No eran los mismos gestos en los colectivos, los almacenes, las verdulerías, las escuelas. Eran miradas cómplices entre sí, una complicidad que te excluía y te envolvía en incomodidad e incertidumbre. Claro, Macri le había puesto título a la toma: INMIGRACIÓN DESCONTROLADA.

En ese momento, que un boliviano no sea admitido en el colectivo, que el trato a la verdulera sea distinto, el mayor desgano en los hospitales y el temor de las madres al llevar a sus hijos a la escuela, respondía a otro nuevo adjetivo: *okupa*.

Parecía que ya no era un problema habitacional, ya no era el reclamo por una vivienda digna, ya no era la expresión mas desesperada ante la especulación inmobiliaria de quienes se ven obligados a sub-alquilar un mínimo de espacio y de quienes ven en el tumulto una oportunidad de negocio a costa de la necesidad de otros; ahora era un problema limítrofe.

Conciencia del visitante

Todas esas impresiones fueron asimiladas y hasta confirmadas. Eran las mismas que revelaban la configuración de las acciones que también tomaría la colectividad boliviana. El sentirse ajeno (visitante) se convertiría en el arma fustigadora ante cualquier forma de expresión, visibilización y reclamo.

Nuevamente la maquinaria comunicacional armaba el discurso que señalaba, haciendo la diferenciación entre buenos y malos inmigrantes.

–“Nos hacen quedar mal a los paisanos.”

–“No todos los bolivianos somos ocupas, venimos a trabajar.”

–“Estamos acá de visitantes y no tenemos derecho a reclamar al Estado.”

–“Se equivocaron, pues hacen quedar mal a la gente digna y sana que trabaja bien en el país vecino.” (Evo Morales)

–“Por qué ocupan, quién les manda a molestar aquí.” (Cónsul de Bolivia)

Todas esas expresiones marcharon, buscando la toma de conciencia y el volver a la invisibilización.

¿Qué hacemos?

Cuando la toma llegó a su punto más álgido, el avasallamiento de sensaciones paralizaba el conflicto interno que se había creado, ¿participar en la toma mixta y hasta contradictoria?, ¿enfrentarse a ese aparato comunicacional?, ¿corroer ese rol de visitante?, ¿devolver esas acciones primitivas de los vecinos?, ¿convertir a las víctimas en mártires? ¿de la lucha? ¿del racismo? ¿de la indiferencia? o simplemente alejarse para entender...

No sólo es el Indoamericano, es hacer ciudad

El impulso primario para entender que el Indoamericano no es ajeno a la composición de ser ciudad, los distintos actores y la relación entre sí, nos ayuda a ver más allá del mero conflicto, a la constante mutación del derecho a la ciudad. Estas mutaciones permitieron que esa:

–“yo pago mis impuestos”

–“por qué no se van a su país”

–“el parque es de los vecinos”

–“me mato trabajando para pagar el alquiler y a ellos les regalan una casa”

–“nos vienen a robar el trabajo”

–“quién no tuvo un empleado paraguayo o boliviano”

...se conviertan en una nueva forma de estatus: LA VECINOCRACIA.

1

CASO Y FRAGMENTO: UN MÉTODO

Hace ya un año de los sucesos del Parque Indoamericano de diciembre del 2010. El Indoamericano compone una de las caras menos visitadas de la ciudad de Buenos Aires. Tal vez porque en ella no se refleja ninguna de las misivas retóricas con las que se aspira a captar el espíritu de una ciudad que se presenta oficialmente como abierta al turismo, santuario de la cultura, meca del cosmopolitismo, crisol de razas, y sitio de una amabilidad cívica y laboratorio de creatividad política. Encontramos en este fragmento crudo de la vida urbana claves de comprensión de lo que hay, y de lo que podría haber. El presente y sus posibles. Los episodios violentos del Parque Indoamericano conjugan en un único movimiento la demanda de tierra y vivienda junto con la dinámica de valorización inmobiliaria; la acción directa de masas junto con complejas operaciones punteriles; el racismo que transversaliza lo social, las instituciones de gobierno y los clichés mediáticos, junto a un reverdecer de la sacrosanta nacionalidad argentina vinculada a la defensa de la propiedad privada; la violencia criminal, civil y policial, junto a momentos agónicos de la vida colectiva y comunitaria; el estatuto del espacio público y la resignificación de la figura del “vecino”. Indoamericano: cruel retrato que tiñe el sentido del “sos bienvenido”, y que debería poder escucharse como fondo –¿Por qué no?– del “fuerza Cristina”.

¡Bienvenidos a la selva urbana!

A la ciudad de los infinitos planos. Pseudo-ambiente vivo, saturado de información. Ciudad-drama de los procesos de lo común y de la guerra civil de los modos de vida. Bienvenidos, entonces, al agite urbano del continuo juego de cierre y apertura, de ligue y desligue. Ciudad espejo –a veces ajustado/ casi siempre distorsionado– de las fórmulas de producción de valor. Ciudad bio-política, cuando es objeto de mecanismos de apropiación del valor social, cuando es espacio de resistencias a los mecanismos de control, cuando es territorio dinámico de nuevas percepciones y modos del conocer. Ciudad productiva, fábrica de las formas de vida que en ella se mezclan, se distinguen y se entretejen. Ciudad-arcón de memorias, sentidos y conflictos. Bienvenidos a la fábrica misma de la ciudad, a la fábrica social.

El indoamericano como problema

Cuando hablamos del fragmento no nos referimos a la parte cualquiera de un todo previo estallado, hablamos de una situación concreta y problemática cuya fuerza de realidad nos violenta. Nos arrastra en el proceso de su evolución. Nos aparta de toda abstracción. El fragmento es siempre índice expresivo de esta vida urbana.

El fragmento no sería una esquirla arbitraria, el fragmento es un *problema* esencial captado en su evolución. Interrogarlo, penetrar en él, supone una confrontación con lo concreto mutante.

El fragmento es pliegue. Si se lo despliega, explica. Si se lo deja en su envoltorio vela sus implicancias. Contiene una cifra epocal y una potencia desencontrada. Develar el fragmento afecta la perspectiva, descubre latencias y posibles.

El fragmento es un todo concreto cuyos filamentos rozan a las otras situaciones. Del racismo a las economías informales; de las dinámicas de ocupación de tierra a las dinámicas de migración; de las técnicas biopolíticas de los estados a la propaganda política; de la codificación mediática a la urbana; de las formas sumergidas de trabajo y de sobre-explotación a la precarización del derecho a la vivienda.

El indoamericano habla de aquello que le preguntemos. Y en su conversación es capaz de enunciar lo inconcebible: el “derecho al racismo”.

Escribía Rodolfo Walsh que la vanguardia es el modo que asume el realismo en una coyuntura histórica de agotamiento¹. Su libro *Operación masacre* investigaba los fusilamientos de León Suarez en plena “revolución libertadora” (a la que aún apoyaba). Su escritura, un cruce entre literatura y periodismo (inaugurando el “relato testimonial”, *non fiction*) no contaba con un propósito político predeterminado. Walsh no buscaba confirmar sus posiciones ideológicas, no era aún peronista ni revolucionario². Sino que pretendía indagar a fondo el caso, penetrar y comprender ese pe-

1 “El escritor realista –insiste Walsh– está en la vanguardia cuando revela lo invisible”. ¿Qué es ese “invisible?”. Responde Walsh: “el sentido de las relaciones humanas y de los sentimientos de los hombres”. Ver: Eduardo Jozami en su libro *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción* .

2 Con estas palabras recuerda Walsh su posición durante el golpe del año 55: “Abrigué la certeza de que acababa de derrocarse un sistema que burlaba las libertades civiles, que negaba el derecho de expresión, que fomentaba la obsecuencia por un lado y el desborde por otro”.

dazo de realidad histórica que amenazaba con quedar en el olvido. No se trata, por tanto, de un texto de propaganda ni de agitación, sino una labor de apego máximo a unos hechos capaces por sí mismos de mostrar la disyunción de dos mundos opuestos (el de los obreros peronistas que pretendían apoyar el levantamiento militar encabezado por Valle, y el de sus fusiladores) como trasfondo de un desmesurado crimen político.

De otro modo, en *¿Quién mató a Rosendo?* el “caso” (un asesinato triple en medio de una pelea en un bar de Avellaneda) guarda la clave que permite recomponer desde abajo la disputa entre un sindicalismo burocrático –el vandomismo– y una surgente militancia de base y combativa.

Ambos libros trascienden la novela policial. El detective o el policía ficcional son desbordados por los hechos. El investigador debe indagar personalmente, meterse con la lógica “promiscua” de lo real. Involucrarse afectiva e intelectualmente en una aventura que arruina los planes “excesivamente racionales” del género policial a favor de una mayor exigencia de inmersión del investigador en los hechos que no sabría ni podría pensar en la desvinculación. Incluso la empatía con algunos de los protagonistas (con Blajaquis, con Livraga, etc) resulta condición elemental de posibilidad de la investigación y del relato.

La pesquisa supone el archivo y la entrevista, los indicios y la reconstrucción de los hechos. Pero sobre todo implica el riesgo que conlleva desarmar estereotipos y enfrentar el miedo propio y ajeno.

El fragmento histórico envuelve las claves de comprensión de mutaciones colectivas mayores. El fragmento es al mismo tiempo *universal* (habla de algo que se manifiesta en muchas otras situaciones) y “caso” *concreto* (sucede como episodio fechado, contextualizado, y guarda bajo una apariencia extremadamente empírica una incógnita urgente³).

Así como la investigación del caso promueve en Walsh la investigación política *sub-representativa*⁴, el pensamiento del fragmento

3 Ángel Rama considera estos textos de Walsh como “novelas policiales para pobres” (agregaríamos nosotros hoy: “para pobres, militantes y filósofos”).

4 Sub-representativo posee acá dos acepciones convergentes: la presencia de hechos y datos como potencia para disolver el espacio de la representación estatal y mediática (en la medida en que la verdad y la justicia van unidas, la investigación supone una ética contra la criminalidad del poder) y, al mismo tiempo, recurso al “poder de lo falso” toda vez que la ficción nos ayuda a comprender las capas más profundas de eso que podemos asumir como verdad.

nos conduce con Walter Benjamin a un tratamiento diferente del universal.

El universal concreto es una porción de realidad de la que se puede decir: “está todo *allí*”. Y remite siempre a una praxis que no precisa ser remitida a una totalidad abstracta. Al fetiche de una totalidad compleja con sus infinitas mediaciones. Al contrario, Benjamin expone sus razones a favor de la unidad inmediata (monádica) de la situación⁵ sin necesidad de recurrir a ciencia abstracta alguna.

El fragmento es *mundanidad*. Invitación a desarrollar prácticas de mundo.

El fragmento puede abrir entonces secuencia de politización: gusto por el episodio (caso); militancia investigativa; problematización expresiva (el problema de la escritura⁶, o bien del discurso de las imágenes).

Hacer ciudad. Es lo que procuramos y lo que se nos impone. Bichos de la jungla capaces de gestualidad urbana. El gesto que acoge y reconoce inaugura un aprendizaje mutuo. Abre a un encuentro con nuevas potencias. Existe un derecho al gesto que es inseparable de todo derecho a la ciudad. Y la escritura es parte constitutiva de esta gestualidad. Estos apuntes son una invitación a juntarse, a investigar, a desarrollar acciones, a seguir escribiendo. Porque la ciudad supone y aspira desde siempre una teoría política, a un juego que afirma los usos comunes y sus mutaciones por medio de una gestualidad inevitablemente política.

5 “El verdadero materialismo es sólo aquel que suprime radicalmente dicha separación y que nunca ve en la realidad histórica concreta la suma de una estructura y de una superestructura, sino la unidad inmediata de ambos términos de la praxis”.

6 Dice Walsh de la escritura en una carta de los años 60: “es la única aventura a la que nunca me atreví en serio. Siempre pensé que allí había más peligro físico que en cualquier temeridad”. Jozami cree detectar diversas fases de esa obsesión por la escritura y su tensión con el tiempo político. Ante todo –y durablemente– la presencia de Borges (y no será hasta muy tarde, en los setentas, que Walsh se pronuncie “harto” de la repetición y la circularidad de la metafísica borgeana). Luego la novela negra y, a partir del 68 una declara admiración por el “realismo auténtico” de Roberto Arlt: “su mundo fantástico a fuerza de realismo”. Ya la revista *Contorno* se había pronunciado por distinguir el realismo de un cierto costumbrismo de la literatura de izquierda. No exponemos la secuencia por afán crítico o erudito. No interesa en Walsh su estatuto de creador de géneros o como canon para escritores por venir. Remarcamos, si, en cambio, el papel de la escritura (y de la literatura) en el devenir expresivo de un pensamiento y de un pensador.

Y el gesto político, la invitación a la escritura parte siempre de afirmar la igualdad de potencia de los desiguales sociales.

La conversación no depende de saberes específicos o técnicos sino que circula en y desde el mismo hacer ciudad. Conversación con amigos, con gente a la que conocemos o podemos conocer. Impulso a la escritura que es dolor, bronca, curiosidad, indignación, empatía, alegría, ganas. Desde lugares tan diferentes como recorridos urbanos existen. Como necesidad persistente de cartografías para apropiarnos de la ciudad como riqueza común. De una temporalidad común. Un año del Indoamericano se yuxtapone con diez años de 2001. Las preguntas se amontonan y se lastiman retrospectivamente. Son esas heridas las que nos aproximan a una enunciación común. Contra la lengua neoliberal que separa puntillosamente y por etiquetas cada uno de los estereotipos y las demandas que no deben mezclarse. Buscamos hacer un texto una invitación advertida sobre el sistema de fronteras, que atraviese guetos urbanos, zonas políticas y temas privados. No es nada fácil.

Pero persistimos, casi todas las semanas en La casona de Flores que nos acoge.

Morón 2453

lacasonadeflores@gmail.com

<http://casonadeflores.blogspot.com>

2

**(RE)TOMANDO EL PARQUE
INDOAMERICANO**

Tomamos al Indoamericano como fragmento, caso y situación. Una mínima célula de realidad contemplada que equilibra con su propio peso al resto de la ciudad. El Indoamericano no es un hecho excepcional sino en la medida en que permite apreciar una complejidad de niveles y dinámicas que convergen hoy en eso que llamamos (hacer) ciudad. La ciudad tiene mil planos. Imposible es verlos todos a la vez. La opacidad del Indoamericano surge del encuentro entre muchos-muchos de estos planos. No intentamos explicar el Indoamericano a partir de un análisis abstracto y totalizante de la ciudad sino que, al revés, nos proponemos pensar mejor la ciudad a partir de referirla inmediatamente a estas singularidades, y a las tendencias y luchas sociales que la constituyen.

¿Cuáles son esas singularidades?

Primeras hipótesis / Indoamericano como condensación de problemas / Clave para el triunfo de Macri / Nueva gestión gubernamental / Racismo micropolítico / Nueva lógica de toma: expectativas económicas y organización no tradicional

La toma del Parque Indoamericano reúne una cantidad de problemas en los que se juega buena parte del posterior triunfo electoral de Macri en la ciudad. En esos días de violencia se puso en evidencia la brutalidad de las acciones del mercado, las reacciones racistas, y la violencia social contenida. No se trata de decir que el Indoamericano sea tan diferente de otras cosas que suelen pasar en la ciudad, y en otras ciudades, pero es una situación privilegiada, por las capas problemáticas que condensa para pensar y actuar en la coyuntura de la ciudad. Hay en esta relación, entre lo ocurrido en el Indoamericano y el triunfo de Macri, una sutil trama micropolítica que podríamos reconstruir a partir de poner en serie lo acontecido aquellos días con las imágenes que difundió desde entonces el macrismo que van de la “transparencia obscena” de los hechos de diciembre del 2010 a la estrategia comunicativa y de gestión gubernamental que se enmasca-

ra en un estilo cándido “antipolítico”, para explicitar un contenido racista sin tapujos.

Esta eficacia consiste en un desplazamiento del significado de lo público (no es casual que el Indoamericano sea un parque público usado mayoritariamente por migrantes); en la visibilización y gestión de formas (tan detestables, como efectivas) de producción de ciudad; en un deslizamiento en los modos de “construcción política” capaz de dar cuenta de la faz reaccionaria micropolítica sobre la macropolítica kirchnerista, cuyos enunciados inclusivos y “post-neoliberales” son puestos en suspenso por consignas (“está bueno”, “sos bienvenido”) que tramitan al nivel imaginario colectivo una complicidad con la exclusión de la amenaza.

La toma del Indoamericano, contra lo que se dijo en aquellos días, revela menos la “ausencia” del estado como el hecho de que en la *gestión territorial* el estado mismo (en su operatoria mafiosa) es parte del problema. Pero también el mercado trabaja en la toma, puesto que se trata de un fenómeno que no puede considerarse por fuera del contexto de las prácticas de *especulación inmobiliaria*.

Pensar la dinámica misma de la toma requiere una investigación que debe desprenderse de muchos imaginarios, por ejemplo, el de la tradición de tomas organizadas comunitariamente. En efecto, las tomas pertenecen a una forma de lucha popular promovida y desarrollada por formas políticas y organizativas que, partiendo de las necesidades, desarrollaron experiencias sociales comunitarias.

Sin embargo, tanto en la toma del Indoamericano, como en todas aquellas tomas que hubo por esos días, no podemos situar las coordenadas de esa tradición: la ausencia de enunciados y una narrativa sobre lo que acontecía, la dificultad de encontrar interlocutores, y el desborde de violencia tan difícil de interpretar, nos sugieren que se trata de otro tipo de situación enmarcada en un contexto de alza del ciclo económico, en el cual la renta financiera se vuelca en general a la tierra y a la construcción de viviendas.

Como hipótesis, entonces, nos encontramos con dos ejes: *una racionalidad económica en juego y una debilidad de los actores sociales para introducir otras dinámicas alternativas o comunitarias*.

Los cálculos del Indoamericano, verdadero “concentrado” de los cálculos urbanos, nos obligan a desprendernos de las representaciones más sencillas y habituales con que se explican las dinámicas de la ciudad.

¿La ciudad espontánea? / Tomas “promiscuas” / Cálculos / Especulación inmobiliaria y demanda democrática.

Siempre hay algo espontáneo en el “hacer ciudad”. Las ciudades son complejas tramas que no pueden explicarse sólo por la planificación (de urbanistas, de gobiernos, de organizaciones sociales) ni por un “libre albedrío” de sus pulsiones vitales. Una rara paradoja se manifiesta en las tomas: la constatación de una organización y al mismo tiempo su ausencia.

La espontaneidad no significa la ausencia de inteligencia y organización sino, en todo caso, la convergencia –en “tensión y armonía”– de racionalidades y planos diferentes de acción. De este modo, puede pensarse la simultaneidad de la organización punteril, en ese toma y daca político que suele incluir cálculos especulativos de mercado con procesos menos evidentes ligados a solidaridades entre los ocupantes, a deseos de vivienda y de tierra que, quizás, antes se desarrollaban de otro modo, a través de otro tipo de organizaciones y hoy confluyen en una dinámica que adquiere un tono *promiscuo* propio de las mezclas: autoritarismo y oportunismo junto a momentos de solidaridades y deseos de una vida mejor. Las tomas son tanto momentos de manipulación al servicio de negocios y de creación artificial de climas políticos, como dinámicas de reapropiación de espacios urbanos que habían sido previamente capturados como espacios privados o públicos, para usos precisos. Al ocuparlos, esos espacios recobran un carácter común. Pero en ese territorio, vuelto común, se desarrollan estos rasgos de *promiscuidad* que venimos señalando donde co-funcionan lógicas mafiosas más visibles junto con otras ligadas al querer vivir, menos evidentes.

La paradoja de estos modos de *hacer ciudad* consiste en encauzar los impulsos populares, y las demandas democráticas de tierra y vivienda, a través de esquemas políticos tan autoritarios como facciosos, dando lugar a desbordes muy difíciles de organizar (para los militantes) y de representar (para los políticos).

“En la provincia de Buenos Aires siempre hubieron tomas. No se trata de un fenómeno extraordinario o de otro planeta. En realidad la toma de tierras es un modo de hacer ciudad, gran parte del conurbano se ha constituido así. Pero los medios tratan a la Capital Federal como un territorio privilegiado en donde “esas cosas” no pasan. El mensaje en torno a las tomas del Indoamericano fue claro: en la Capital se protege

la propiedad, y quienes la ponen en peligro son los usurpadores, en su mayoría extranjeros...

El problema real es sobre todo el hacinamiento. También la suba de los alquileres, que es un derivado de este primer problema. Los punteros avisan cuando se empieza a ver la posibilidad de una toma, y los interesados se preparan para salir. Esto incluye desde los pibes que se acercan para luego revender lotes, hasta los necesitados de tierra para hacerse un lugar para vivir; desde quienes aprovechan a comprar lotes apenas iniciada la toma, hasta quienes ven la oportunidad para acumular más casas para revender o alquilar.

Los nuevos barrios se hacen en general con paraguayos, bolivianos y peruanos, que son quienes tienen más hijos y están siempre dispuestos. Ya en Lugano había habido tomas de tierras... Unas cuantas. Y la reacción racista fue siempre muy fuerte. Esa es la historia de la Villa 20. Pero esas eran tomas chicas en comparación con la del Indoamericano. En algunas, incluso, hubo cierto apoyo del consulado boliviano, que se acercaba con colchones para las familias bolivianas ocupantes.

Pero la toma del Indoamericano fue diferente. Por la escala sobre todo, y también porque se fue de las manos. Hubo un acuerdo entre el Gobierno de la Ciudad y el de nación para censar y dar dinero (estimo que unos tres mil pesos por lo menos, hay quienes dijeron ocho mil, otros cinco mil...) a cada uno que tomó, para que se fueran. Los punteros saben dónde tomar, dónde hay tierras que se pueden ocupar. Saben también cuándo hay una oportunidad para tomar aunque no se pueda ocupar, pero sí sacar algo de guita (como en este caso). El puntero averigua, está asesorado y pasa por los barrios alentando a la gente a ocupar. Va dando consejos sobre cómo hacerlo, cómo ocupar rápido. Sabe de quiénes son los terrenos, sabe siempre dónde está parado, está dispuesto a negociar esperando sacar algo bueno... y si se quedan con los terrenos mucho mejor. Pero en el Indoamericano las cosas se fueron de las manos. Las tomas en general tienden a desbordar la organización, pero en el Indoamericano la toma fue de una escala formidable.”

Racismo / Clasificación: Vecinos vs. Okupas / Encuesta y censo en tiempo real

Si hasta el momento imágenes como las del Indoamericano eran difundidas y leídas como las de una “guerra de pobres contra pobres”, hay que admitir que la astuta intervención del gobierno de Macri fa-

cilitó una nueva operación hegemónica sobre la ciudad. Ya no guerra entre pobres, sino entre “usurpadores” y “vecinos”. Vecinos son los que deben defender el Parque Indoamericano, el Parque Rivadavia y Plaza Francia. La equivalencia es evidente: el corte no es clasista ni étnico-nacional. El problema no es la inmigración, sino el “descontrol”. ¿Cuál es el objeto de esa guerra entre “caos y control”? La riqueza de la ciudad y el espacio público (hospitales, escuelas, parques amenazados por los “inmigrantes”). Esto es así al punto que la reacción de los vecinos de Soldati/Lugano avalada por buena parte de la ciudad y sus instituciones parece a consagrar un “derecho al racismo” hasta ahora solo reconocido por el estado a ciertas partes y clases de la ciudad.

“En barrios como Lugano I y II hay resistencias desde siempre para que no se construyan viviendas para gente de las villas. La experiencia de ir a comprar a Coto es suficiente. Como allí se aceptan las tarjetas sociales, se examina el consumo de los paraguayos y bolivianos. Sobre todo de la villa 20. Que pueblan las salitas, las escuelas públicas, el Jumbo, los parques los fines de semana.

Los espacios públicos son lugares de mezcla, de encuentros, de prejuicios. La escalada de la “animalización” va del más atenuado ‘negros’ a ‘villeros’ y, lo peor de lo peor: ‘bolivianos’.

Es extraña esta mutación de imaginarios. Hasta cierto punto los bolivianos son valorados a partir de un imaginario del trabajador sumiso. Alegoría de la migración buena, que se hace de abajo regenerando valores de trabajo, estudio y familia. Pero en contacto con la ‘villa’, el espacio de un salvajismo insondable, el boliviano se va mezclando con lo villero, lo negro, lo narco.

Desde el gobierno de Macri llamaban en tiempo real a las casas de los vecinos para preguntar qué es lo que los vecinos querían que el gobierno haga. En el barrio cayó bien que Macri haya señalado que si hay problemas de vivienda se priorice a los argentinos.

En el barrio, ahora, está la gendarmería. Su sola presencia produjo cambio. Dan seguridad por las noches. Sobre todo en las cuadras más violentas en donde se empieza a vender paco. Circulan todo el tiempo, en auto y a pie. La Gendarmería ocupa el lugar de una autoridad pública armada para frenar esa violencia desenfrenada.”

Redefinición reaccionaria de la figura del inmigrante / Discurso de Evo / Inmigración descontrolada / Macri y los representantes “comunitarios”.

Efectivamente, durante la ocupación del parque Indoamericano se amplificó hasta lo insoportable el discurso de la inmigración usurpadora. Por un lado, el discurso de los “vecinos” que la emprendieron contra los ocupantes. Por otro las propias organizaciones inmigrantes y hasta el gobierno de Evo Morales asumieron que las comunidades extranjeras no debían comprometer su imagen en este tipo de acciones. Por parte del estado nacional la movilización de la gendarmería no hace sino confirmar el nuevo mapa de las fronteras nacionales, que se desmultiplican hacia el interior de barrios y villas de la zona sur. La proliferación de un discurso abiertamente racista, con plena complicidad de los medios de comunicación masivos empujó al discurso presidencial a referirse a una migración buena y trabajadora. En el extremo estuvo el discurso de Macri, Jefe de la ciudad: “inmigración descontrolada”, identificando las ocupaciones con el narcotráfico y la delincuencia en general.

“La TV titula vecinos versus ocupas, muestra imágenes de enfrentamientos en ausencia de fuerzas policiales. ¿Por qué esa ausencia? Las imágenes eran de una tolerancia inédita a la violencia cruda. Había imágenes de la Policía Federal bien violenta pegándole a la gente. De la Metropolitana no nos asombraba (venían desalojando cartoneros), pero se suponía que la Federal tenía prohibido usar la violencia, reprimir. Esto durante horas. Tanta impunidad corrobora una capacidad de violencia que ya sospechábamos posible de parte de los vecinos. En Facebook, en las redes de personas argentinas –vecinos del barrio–, y en las redes de bolivianos se decía lo mismo: había pocos indignados con la violencia y una mayoría que rechazaba la ocupación como un modo fácil e irresponsable de apropiarse de tierra para viviendas, que es algo que a los “locales” les cuesta mucho trabajo. Pero esto incluye a personas de la comunidad boliviana avergonzadas de verse emparentadas con los ocupantes. De hecho el Parque Indoamericano no era un sitio utilizado por las familias del barrio. Era casi íntegramente ocupado por migrantes.”

“En el Indoamericano hubo de todo, pero se hizo hincapié sobre todo la presencia de los bolivianos. Los bolivianos son los que se quedan hasta el final. Los bolivianos se vuelven más visibles porque se quedan en la parcela que ocupan; no se mueven para que no les roben el lugar. Los bolivianos son fácil de correr, los pibes les sacan la tierra y luego (se) las

venden. Los paraguayos, en cambio, se organizan rápido; van preparados para defenderse y ocupan el territorio en banda. Los bolivianos iban cada uno por su cuenta, solos o en familia, pero no hacían banda entre todos. Muchas veces son pibes recién llegados a trabajar en un taller.

Las organizaciones bolivianas cuidan mucho de la imagen y condenan todo lo que los exponga a los valores supuestamente dominantes en la ciudad. Por esos días rechazaban la toma, para preservar la imagen de los bolivianos...

Pero además, entre los bolivianos hay una ruptura mayor de lo comunitario; competencia, encierro... al final, un individualismo bastante extremo. En estas situaciones de toma se da una mezcla muy rara. Hay mezcla de asamblea, espontaneidad y organización. Y no es raro que en estas dinámicas se den actos de racismo provenientes incluso de los hijos mismos de bolivianos. En estas tomas está faltando que los bolivianos actúen con más fuerza, con más organización colectiva. Una afirmación más decidida, como sucede en otros casos o en algunas movidas en donde aparecen modos de afirmarse más claros...

En el barrio Samoré hubo organización de 'bandereadas' (calle Escalada y Dellepiane) con el lema de "trae tu bandera argentina para defender al barrio". Y en varios colectivos que pasaban por el barrio Samoré (el 36, el 50, el 114, etc.) bajaban a cualquier boliviano que iba viajando. Cuando hubo un corte de la autopista Dellepiane por parte de los "vecinos", el 36 tuvo que desviarse como 10 cuadras para que no golpearan a los bolivianos que iban en el bondi. En el 50, la misma gente del colectivo no dejó que una mujer boliviana suba."

Organización del desborde, gobierno de las demandas / Oportunismo y disponibilidad / La construcción del "caso social" como forma de negociación.

El tipo de organización que protagoniza las tomas ya no es aquella que identificamos con otros ciclos de lucha que se desplegaban a partir de rasgos comunitarios (promovida por grupos militantes y por una cultura política autónoma). Hasta el momento, este tipo de luchas no ha generado un discurso político propio. Esta confluencia de punterismo, deseos y oportunismos no posee ni aquellas consistencias heredadas, ni aquellos valores. Sabemos lo que no es. Pero quizás lo urgente sea saber lo que sí puede, lo que sí es.

Cuando decimos “oportunismo” lo hacemos despojando esta noción de sus connotaciones morales. Hablamos, en cambio, de una *disponibilidad* de quienes participan de estas movidas, de percatarse a velocidad de una posibilidad que se abre de obtener un pedazo de tierra, una vivienda, un plan. La decisión veloz de participar de una acción colectiva puede terminar mal, pero también puede cambiar la vida de alguien de la mañana a la noche. La confluencia que describíamos entre organización punteril y cálculo de mercado da como resultado una organización rápida y flexible, en la que cohabitan los poderes políticos con dinámicas compensatorias más sutiles en donde las expectativas de la gente cumplen un papel central.

En un contexto donde hay riquezas “para repartir”, este tipo de acciones logran establecer rápidas negociaciones con las esferas oficiales, preocupadas por pacificar el conflicto, abriéndose rápidamente una negociación entre las partes. En este esquema, las personas refieren menos su situación a una escena de lucha y organización colectiva y más a una situación personal o familiar. Y desde las instancias oficiales se trata menos de lidiar con referentes políticos orgánicos y representativos y más de establecer *casos particulares*. De allí la recurrencia al censo como primera y principal operación organizadora de la negociación.

La secuencia se establece, entonces, a partir de la constitución (ocasional) de una fuerte capacidad de acción colectiva que opera por medio del *desborde* y la *apropiación directa* con el propósito de abrir una instancia de negociación. Una vez abierta la negociación, la capacidad de acción se transforma en demanda o “caso” capaz de encuadrarse como “caso social”. En esta segunda fase es fundamental la participación de un funcionariado –sobre todo a nivel de los municipios– con una sensibilidad y una experiencia dada por haber participado de las militancias de los movimientos sociales.

“Finalmente, y ya casi en un hilo tenue de interés está la pregunta sobre qué pasó con esa gente, ¿por qué y para qué fueron censados? ¿Cómo funciona el sistema de pulseras de control para los campamentos rodeados de gendarmería? ¿Recibieron esas personas respuesta a la cuestión de la vivienda? Hubieron denuncias reciente de que no se ha avanzado en detectar a los responsables de los ¿3? asesinatos de esos días mientras que hay causas a los referentes sociales de la ocupación. Luego la cosa se fue silenciando. No hubo más noticias. Para la mayoría fue quedando en el olvido.”

“Al segundo o tercer día de toma, aparecen las familias que van a comprarles lotes a los pibes. Pibes que muchas veces ocupan lotes para los punteros. Ya se arma todo un mercado ahí. En el Indoamericano había de todo. Gente que estaba para vender y gente que precisaba vivienda.

Lo que es interesante de las tomas y lo que sí motiva movilización de todos es cuando llega el estado o las empresas a poner servicios y la gente se une para rechazar los medidores que ponen para después cobrar los servicios, como la luz.

Está bien tomar. Porque el derecho a la vivienda está vulnerado. No hay relación necesaria entre ocupar una casa y comprar... Pero no en general, este discurso no existe en la toma; no se escucha un discurso en contra de la propiedad privada por ejemplo, o de crítica al tema de comprar para tener acceso a la vivienda.”

“Terminamos perdiendo la cuenta” charla con Cecilio, vecino de la Asamblea de Flores

¿Cómo fue que se acercaron al Indoamericano?

Nos enteramos por los canales de noticias. Entonces fuimos (éramos quince, veinte, tal vez muchos más) a ver qué pasaba y nos encontramos con que ya había gente asentada. Sin embargo, todavía quedaba un espacio considerable. Nos acercamos para averiguar quién marcaba el lugar. Pero, sin más, entramos y empezamos a marcar el terreno: acá para la asamblea, acá cuatro viviendas, etc. Así nos posicionamos, así dijimos “este va a ser nuestro lugar”. Y seguía llegando más gente. Bolivianos, paraguayos, peruanos, uruguayos. Pero no había nadie que hiciera una lista, nadie que pudiera orientar a la gente, nadie que diese un motivo. Muchos se fueron, muchos volvieron. De la colectividad boliviana, había quienes tenían miedo de marcar el territorio. Pero yo hace veinte años que vivo en la Argentina, y ya estoy algo aclimatado. Entonces compramos un cuaderno para hacer una lista nosotros mismos. Anotamos ciento sesenta nombres, y a cada uno correspondía una parcela.

Todos tenían hambre. Nosotros también. Pero los canales sólo se acordaban porque estábamos sentados ahí. Entonces nos preguntábamos qué hacer para salir de esta situación. No teníamos ni siquiera agua. Y en total seríamos unos doce mil. Había niños y también niñas. Para poder manejar la gente, empezamos a nombrar delegados. Al principio fueron ocho. Más tarde, diecisiete. Terminamos perdiendo la cuenta.

¿Cómo decidieron los delegados?

Por manzana. A un delegado le correspondían ciento sesenta personas; a otro, ochenta; a otro, cuarenta. La cantidad variaba según lo que cada delegado tenía marcado.

Había mucha gente ocupando que intentaba organizarse, pero ¿cuánta que, como vos, contaba con experiencia organizativa?

Algunos tenían bastante experiencia, otros, algo; algunos, nada. Lo que importaba era que todos teníamos los mismos derechos. Y aunque incluso había personas que no sabían esto, sin embargo, lo que sí todos teníamos en claro era la necesidad de vivienda. Eso era general. La necesidad de vivienda y la falta de respuesta concreta por parte del Gobierno de la Ciudad, por parte del Gobierno de la Nación. Y es este último el que se comprometió a fabricar ocho mil viviendas para no-

sotros, los asentados del Indoamericano. Eso salió en Clarín y en todos lados. Pero, lo que nunca se aclaró, es en qué lugar iban a hacerse. Además el Gobierno de la Nación mandó ocho o diez comisiones para pensar a todos los que estábamos en el Indoamericano.

¿Cómo o por qué se gestó la toma del parque en ese momento? ¿Qué fue lo que pasó?

Nosotros durante mucho tiempo usamos el parque recreativamente. Viernes, sábados y domingos jugábamos al fútbol. Muchos también se emborrachaban ahí. Otros tantos se murieron o fueron violados: los pastos estaban altos, no había vigilancia. El parque estaba olvidado por completo. Nadie le daba importancia. Eso coincidió con una fuerte suba de alquileres que ni el Gobierno de la Ciudad ni el Gobierno de la Nación pudo frenar. Lo que costaba seiscientos, llegó a costar mil doscientos. A la gente no le alcanzaba. Tampoco había fuentes de trabajo.

¿Vos creés, entonces, que la gente tomaba el Indoamericano porque era viable para construir viviendas?

Nosotros tomamos el parque para que el Gobierno construya casas para la gente que lo necesita. Antes, el Gobierno repartía terrenos. Incluso daba planes de pago. Pero hoy en día no hace nada. Hay terrenos, pero nadie los reparte. Y el precio de las tierras es inalcanzable. Por eso es que ahora se edifica para arriba. Un piso, dos pisos, etc. Entonces, la toma fue una presión tanto para Ciudad como para Nación. Pero ni Mauricio ni Cristina se hicieron cargo.

Cuando ustedes llegaron, ya se había tomado parte del predio. ¿Conocías cómo se decidió la toma? ¿De dónde surgió?

Primero un amigo con un grupo de gente entró y empezó a marcar el terreno. Después, se sumaron más y más, espontáneamente. Y es natural: si a uno lo ves marcando, y si vos también lo necesitás, hacés lo mismo.

¿Vos decís que si uno quiere, se pone a marcar la plaza de flores, y todos la terminarían tomando?

Mucha gente quizás ha creído que van a hacer viviendas ahí. Pero no es tan así. Yo, lastimosamente, no lo creo. Es menos tener una vivienda en el Indoamericano que presionar al Gobierno para que las haga. Sea en el subte, sea en la calle, sea en el tren, antes todos teníamos más espacio, pero actualmente vivimos apretados. Y nuestras autoridades nacionales no piensan en esto.

El Gobierno dio no sé bien qué monto y autorizaciones a las Madres de Plaza de Mayo para la construcción. Pero con eso, primero, no alcanza; y segundo, no está de más decir que esas viviendas ni siquiera

fueron entregadas. En definitiva, no hicieron ni el cincuenta por ciento de lo prometido. Y lo que hay entonces es una crisis habitacional que se expresa en tomas. No solamente en Buenos Aires, sino también a lo ancho y a lo largo del país.

¿Cuál es tu experiencia, y la de la gente que conocés, respecto del plan federal de viviendas? ¿Pudieron en algún momento acceder a este plan social que viene de años?

En muchas de nuestras reuniones concluimos que, como organizaciones barriales-sociales que somos, con la mano de obra que tenemos, podemos construir viviendas (como se hizo en Jujuy, por ejemplo) incluso con poca plata. Pero los gobiernos no tienen confianza en nosotros.

¿Qué les pasó con la violencia que se despertó en los vecinos del Indoamericano?

Me pareció bastante chocante. Los que tienen no piensan en que hay no poca gente sin vivienda, sin comida y sin trabajo. Los argentinos contra los bolivianos. Los propietarios de los edificios vecinos entraban a pegarnos. Quemaban las casuchas. Mis propios compatriotas nos hicieron una marcha. La policía también hizo lo suyo. En la toma, fuimos maltratados, golpeados, algunos incluso perdieron la vida. Por ejemplo, asesinaron a un hombre y su mujer se quedó sola con dos hijos. Irreparable. Si nos dejábamos, el número de muertes hubiese alcanzado las setenta personas. Fue un enfrentamiento total. Nos venían a buscar con armas en mano. Y a los balazos limpios. Nosotros respondíamos con lo que teníamos, pero no era con plomo. En ese momento no sentíamos que existiese autoridad ni en el país ni en la ciudad. Algunos de los asentados tuvieron que irse dejando todas sus cosas ahí. No había nadie que dijera: *cálmense, muchachos, mañana esto se soluciona*. Nunca me había pasado esto. Los derechos son para todos. Para la vida de cada uno. Pero los extranjeros fuimos discriminados. *Los bolivianos están tomando. ¿Qué hacés, Cecilio? Vos deberías estar tomando tierras en Bolivia*. Sufrimos mucho. Todavía no hubo ninguna respuesta concreta del gobierno. Todos los que estamos censados esperamos. Y no queremos limosnas. Queremos comprar terrenos o viviendas, como debe ser. Lo que necesitamos es poder pagar a plazos. No buscamos subsidios, como se cree. Yo no vivo de eso. Seremos chiquitos y negros y feos, pero somos recursos humanos para el país. Muchos de la colectividad boliviana que trabajan más de doce horas por día (llegando a las dieciocho) sin embargo, no tienen vivienda. Algún día se hará justicia.

Yo tengo una idea: no creo que el gobierno, al dar subsidios, genere un futuro para el país. Dar trabajo a cada persona es futuro. ¿Por qué?

Si yo tengo mil pesos en el bolsillo, voy a sentarme a esperar a que pasen los treinta días para volver a cobrarlos. ¿Qué me está enseñando el gobierno? Que sea un vago. Y mis hijos, ¿qué van a hacer? Los gobiernos reparten plata acá y allá para poder gobernar. A veces somos muy sometidos, a veces confiamos demasiado. Me parece que lo justo es poder trabajar para el crecimiento del país. Bolivia no regala nada. Solamente si uno trabaja tiene un kilo de pan. Quizá por eso los bolivianos estemos acostumbrados a trabajar. Pero en Bolivia los gobiernos se robaron todo. Eso también pasó.

¿Qué les prometieron en el momento de ser censados?

Planes de pago para acceder a viviendas. El gobierno iba a mandar gente al lugar donde estuviéramos viviendo para ver a quién le hacía falta. Ese compromiso aceptamos. Sabemos que algunos tienen casa, pero también sabemos que otros no. Prometieron que iban a construir y que nos iban a llamar. También nos dieron un papel. De hecho, fuimos dos o tres veces a reclamarles. Pero ahora nos estamos enfriando. Muchos están cansados, y ya no creen nada. Otros todavía tenemos algo de esperanza. Todavía hoy nos comunicamos. La organización se mantiene.

Nosotros hicimos una encuesta en el Jumbo. Y precisamente, muchos decían eso: que no todos los de la toma necesitaban casas porque, de hecho, había quienes ya tenían. ¿Vos, estando ahí, pudiste percibir especulaciones en relación a la toma?

Sí, había los que ya tenían su casa. Y entre los diferentes grupos se hablaba. *Ese tiene chalet, ése tiene su tienda.* Sin embargo, esos mismos decían: *sí, yo tengo una casa, pero para mi hijo, no.*

¿Por qué creés que se señaló particularmente a los bolivianos en la toma?

Quizá los que somos de Bolivia hablamos poco y aguantamos mucho. Los periodistas se acercaban más a nosotros para preguntarnos. Y en el momento de la edición, hacían lo que convenía. Eso obviamente nos perjudicaba. Yo personalmente no quise hablar más con ellos. Y se lo dije. Todo es política.

¿Hubo, en algún momento, una mesa de diálogo con el Gobierno Nacional?

Sí, la comisión que llegó al parque era del Ministerio de Vivienda de la Nación. Terminó en ellos. Durante cierta cantidad de tiempo, ni Mauricio ni Cristina querían quedarse con el problema. Pudo haberse resuelto antes. Pero ni el Gobierno Nacional ni el Gobierno de Bolivia

intervinieron en el momento preciso. Evo debió reunirse con Cristina. Finalmente, la Nación se encargó, y decidimos aceptar su propuesta. También fue una manera de salvar vidas. No sé qué hubiese pasado si el conflicto seguía. Nada bueno, seguro.

¿Cómo vivieron ustedes la llegada de Gendarmería?

Sentimos que cada uno de nosotros tenía seguridad. Si Mauricio mandaba a la Metropolitana, se rumoreaba que nos iban a sacar a pura bala. Eso se decía, al menos.

¿Tuvieron algún tipo de contacto con otras organizaciones?

Sí, conocí a muchos compañeros, también me hice conocer. No solamente bolivianos, sino también peruanos, argentinos, paraguayos. Fue una forma de ganar más amigos para organizarnos mejor. Ayudarnos unos a otros, ésa es la idea que tenemos de lo que es organizarse. Y por eso lo hacemos. Lo que a nosotros nos falta es unión. Y poder elegir algo mejor. ¿A quién queremos, a ella, a él? Olvidados hay en toda la Argentina. No es solamente el Indoamericano. Y si entre nosotros no nos ayudamos.

¿Volviste al Indoamericano?

Sí, paso cerca después de trabajar. Antes jugaban chicos y había gente. Bailes, fiestas, gente. Ahora, está enrejado y no hay nadie. Tengo un amigo del Paraguay con el que trabajo hace cuatro meses en una empresa y cada vez que pasamos por ahí me pregunta por qué me río. *Algo te pasó en este lugar, Cecilio*. Nunca pensábamos dejarlo. Y tenerlo así, es una mezquindad.

Después del Indoamericano, ¿sentís que algo cambió también?

No, quizá todo volvió al mismo lugar: se calmaron los periodistas, se calmaron las autoridades, se olvidaron. Ellos se olvidaron, pero cada uno de nosotros, no. Pero también les vamos a exigir que cumplan lo pactado. Porque el problema de vivienda sigue estando. Nosotros tenemos una cooperativa para juntar plata. pero no nos alcanza. Y cuánto terreno disponible hay para repartir. Seguimos en el camino de siempre: otro gobierno, los mismos problemas.

Encuesta en el Jumbo

La encuesta como dispositivo

La encuesta la hemos tomado como un método, una excusa excelente para entrar en contacto con las personas que viven en la zona del Indoamericano. Funciona; la gente para, charla. Es curioso el momento en que uno siente que va a violentar a la gente, que está en su vida y a la que uno va a interrumpir sin derecho ni motivos. Y, sin embargo, este tipo de situaciones –las encuestas– no irritan a las personas. Al contrario, puede haber indiferencia, pero también hay gente que quiere hablar y aprovecha la oportunidad de que alguien le pregunte algo. Es como si este tipo de intervención fuese ya parte del paisaje, del código de la comunicación.

El modo de la interrogación de la encuesta arma una conversación austera; por lo general hay una disponibilidad, aunque sea mínima, hacia la conversación. Los entrevistados contestan de modo ameno, casi nadie preguntó para quién era la entrevista, y casi nadie rechazó la propuesta de ser entrevistado.

Una primera constatación, entonces: la gente responde cosas muy diferentes. A menudo desarma los clichés con los que solemos esperar sus respuestas. Es más, en ocasiones frecuentes las respuestas no se corresponden con las preguntas. No se trata de incoherencia, sino de modos libres de enlazar percepciones y demandas. Quizás esto hable de que la gente no “es” nada por naturaleza. Y “es” muchas cosas por efecto de los nudos de experiencias, pero también por la potente presencia de lo mediático como una de las principales formas de construcción de referencias y lenguajes.

Lo cierto es que una vez que el contacto se hace posible, la encuesta, su lenguaje, restringe la posibilidad de una conversación más libre. Frecuentemente, este tipo de diálogo se queda en el nivel de los tics mediáticos (fachos o progres, da igual). La opinión mediática no es ni de derecha ni de izquierda, es una opinión frita, hecha de antemano, un cóctel coherente de cosas que a priori miramos como contradictorias.

Solemos pensar que no es nada fácil lograr la atención de las personas, sustraerlas de la propia vorágine que se experimenta en la vida citadina, que se detengan unos minutos a conversar, a compartir pareceres con un extraño. Sin embargo, cuando el acercamiento tenía que ver con preguntas acerca de su barrio, no resultó difícil lograr interrumpir la circulación para hacer la encuesta. La gran mayoría parecía interesada en hablar so-

bre su barrio, sobre las cosas que le gustan, las que no. Asimismo, todos consideraban oportuno que se realizara un relevamiento para que los vecinos decidieran qué hacer con el espacio del Indoamericano. También muchos manifestaron que se movilizarían de algún modo si allí se construyera algo con lo que no estuvieran para nada de acuerdo.

La mayoría de la gente que charla, que se detiene y responde, son mujeres. Los varones, en general, no paran, dicen que no saben, no pueden o no quieren hablar.

Perfiles

La señora que vende panchos en las paradas de bondis/premetro parece ser una “testigo” bastante directa de las tomas. Ella labura ahí siempre, los fines de semana, y cuando le preguntamos si sabía lo que había pasado en el Indoamericano, respondió: “¡claro!, yo siempre estoy acá, así que de acá veía y escuchaba todo...” Contó que antes vivía en “la villa”, señalando el barrio que está detrás del paredón que se ve en la avenida Cruz (ahora vive en Lugano, pero no en las torres, sino “más allá”, señalando más al sur, otro barrio detrás de las torres). Conocía a mucha gente que estuvo en las tomas y, según su parecer, no era gente que “necesitaba casa”, sino que ya “tenían su casa en la villa” y fueron a ocupar al parque para “hacer negocio o conseguir un subsidio”. En determinado momento, hizo un silencio en su narración, y mirando perdidamente, como quien está recordando, o haciendo un cálculo dijo que de las 5 mil familias que estaban en el parque, mil serían las que realmente necesitaban una casa; el resto fue para ocupar un terreno y vender, para hacer un negocio. En ningún momento hizo menciones despectivas o xenófobas hacia los “extranjeros”, su planteo se desarrollaba bajo la perspectiva de un conflicto habitacional. De hecho, contó que cuando vivía en la villa, pagaba cerca de 800 pesos por un cuartito de 4 metros cuadrados, donde se alojaba con toda su familia. Describía las condiciones de vivienda de la villa aludiendo a lo reducido del espacio para toda una familia, y el fenómeno de la especulación que se daba con los precios y la necesidad de la gente. Por eso comprendía que se hubiera producido la toma del parque, aún cuando insistía en que la mayoría de los que tomaron ya tenían una vivienda en el barrio.

También contó que luego de la toma hubo un censo y muchos de los censados que habían estado en la toma le ofrecieron venderle el “número del censo” para que ella se presente a cobrar el supuesto subsidio.

Una señora con su hija respondió la encuesta mientras esperaba el colectivo 150. El bondi llegó enseguida, pero ella parecía tener tantas ganas de terminar la encuesta que lo dejó pasar. Esta señora, de Soldati (en el ítem de la encuesta “me gusta mi barrio...” escogió la opción “nada”) tenía un claro discurso que habitualmente es considerado como reaccionario. Abiertamente anti-extranjero/migrante. Cuando habló de la toma, dijo: “fue un desastre”, refiriéndose rápidamente a que los extranjeros habían tomado el parque (también había señalado la “migración” entre los problemas del barrio). Cuando le consultamos acerca de qué le gustaría que se construya en el Indoamericano, entre las opciones dijo: “un hospital, pero para todos... no sólo para los de afuera. Porque acá hay un hospital, pero se llena de extranjeros”. Lo mismo, en la pregunta acerca de si consideraba importante que se consultara a los vecinos acerca de qué hacer con el parque. En ese momento vaciló, pasando de un primer esbozo de respuesta negativa a una afirmación tenue: “sí, pero... es que ya *ellos* son muchos...” Rápidamente entendimos a qué se refería con el *ellos*. Dudamos en aclararlo, pensando que no era conveniente escribir la respuesta ahí mismo, en ese mismo instante, para no inhibir a la entrevistada. Sin embargo, cuando ella advirtió la indecisión, dijo: “pero eso hay que escribirlo, hay que decirlo... porque *ellos* ya son muchos acá, entonces si hacés una consulta... quién te dice no gana la opinión de *ellos*”. Cuando le consultamos sobre qué era lo que menos le gustaría que se construya en el parque, fue bien clara: viviendas sociales.

Un taxista de 62 años vive en el barrio desde los años 70. Sostenía que nunca pudo llevar a sus nietos al parque, porque “más que *parque indoamericano* era el *parque boliviano*”, que la comunidad ocupaba enteramente con sus actividades sin dejar lugar para “los vecinos”. Repetía constantemente que no se trataba de “racismo” o “discriminación”, pero que la zona está llena de inmigrantes, que “no tienen la misma higiene que nosotros”. Relató un chiste frecuente que se hace entre los taxistas del barrio acerca de una apuesta imaginaria que la ganaría aquel que encontrase un rubio en el barrio.

Una señora de Lugano decía que el problema en el barrio es la droga, y que la situación mejoró con la gendarmería porque sacan a los chicos que se drogan en las esquinas. Frente a la pregunta sobre a dónde los llevan hizo un ademán como si dijera “ni idea”. Dijo que, para ella, el tema de la inseguridad es relativo y que no se mudaría al centro por nada del mundo, ya que lleva viviendo 30 años en el barrio y sólo una vez le robaron el monedero.

Algunas impresiones sobre los “resultados”

En la pregunta sobre la *presencia de gendarmería*, la mayoría opinaba que estaba bien (sobre todo saturando la zona de la villa 20, que todos definían como el “espacio de los otros”), pero que no habían logrado bajar la inseguridad. Y nada parecía contradictorio. La premisa “más policía = más seguridad” no se cumple, pero tampoco se cuestiona. Puede que sea así porque la pregunta estaba acotada a gendarmería y hay una idea de que es una fuerza menos contaminada que la policía en casos de corrupción en el barrio.

El discurso de la *inseguridad*, que se enuncia del mismo modo que en el discurso mediático, convive con otros temas que aparecen con igual fuerza, a pesar de no tener ese andamiaje discursivo-mediático. El caso más evidente es el de la higiene y la salud. La mayoría eligió el “hospital” como una de las tres opciones para destinar el terreno del parque Indoamericano, ya que salita del barrio, que debería ser hospital, ni siquiera funciona como salita. Resulta llamativo el deseo de transformar un espacio público/verde en hospital. Quizá, esta perspectiva se encuentre abonada no sólo por la falta de hospital, sino también con una extendida percepción en “los vecinos” sobre el parque, al que consideran abandonado, que no es percibido como un espacio común.

A la pregunta “¿sabes qué paso en diciembre del año pasado en el Indoamericano?”, todos, con pequeñas variaciones, respondieron: “la toma del parque, la toma de tierras, o la ocupación”. Es decir, todos, de distinto modo, conocían los sucesos, y se referían a ellos con un tono de noticiero televisivo. Sin embargo, cuando se intentaba indagar un poco más a fondo en lo que ocurrió allí, se percibía una orfandad de relato, de narración propia. De este modo, la representación de lo que pasó en el Indoamericano se asemejaba a los titulares mediáticos de aquellos días, o a las imágenes más difundidas: “bolivianos que toman tierras que no son suyas” o “gente que pagó el gobierno para ocupar el parque”. Cuando se consultó a los entrevistados acerca de sus preferencias sobre lo que habría que construir en el parque Indoamericano (se mostraban imágenes con distintos proyectos posibles para el futuro, desde un complejo de torres lujosas, un barrio privado, un mega shopping, viviendas sociales, parque recreativo, un hospital, escuelas, etc.) muchos también se inclinaron hacia las viviendas sociales, aunque la mayoría eligió la imagen del polideportivo como modo de conservar el espacio verde. Las opciones “country/edificios de lujo/torres de oficina” aparecían, llamativamente, como lo que menos se quería para el barrio. Uno de los entrevistados argumentó que esos proyectos “no pegarían con el resto del barrio”.

3 Y EL GANADOR ES...

“...la Argentina viene expuesta a una política migratoria descontrolada donde el Estado no se ha hecho cargo de su rol. Creo que lo argentinos estamos abiertos a recibir gente honesta que quiera venir a trabajar a nuestro país; pero tenemos derecho a saber quienes son; y no en una situación en la cual, convivimos en una situación descontrolada donde pareciera que la Ciudad de Buenos Aires se tiene que hacer cargo de los problemas habitacionales de todos los países limítrofes o mas allá de países limítrofes de Latinoamérica; y eso es imposible, absolutamente imposible.”

Conferencia de prensa de Mauricio Macri, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires 9/12/2010.

Con el triunfo de Macri escuchamos distintas voces provenientes de un amplio espectro político-intelectual. Distintas sólo en apariencia: las que ensayaban una especie de análisis sociológico (la ciudad como un circuito de consumidores); las que consideraban el triunfo del PRO como un premio a la forma dialogada de gestión, a la resolución técnico-empresarial de los problemas sociales; las que aplicaban a la victoria la función de contrapeso político con respecto al gobierno nacional, etc.

Más allá o más acá, todas estas visiones comparten el mismo código de lectura: una semiótica propia del formato de la opinión que reduce la complejidad de lo social, que simplifica las luchas políticas concretas, haciendo desaparecer el plano *micropolítico*, es decir, el territorio productivo en el que se tejen los conflictos, las subjetividades y, también, las formas reaccionarias de los lazos sociales.

La toma del Parque Indoamericano, como antes señalamos, reúne una cantidad de problemas en los que se jugó buena parte del triunfo electoral de Macri. Hay en esta relación una sutil trama micropolítica que podríamos reconstruir poniendo en serie los acontecimientos de aquellos días con las imágenes difundidas desde entonces por el macrismo: un modo de producción de discurso y de imágenes que reactiva una jerarquía y distribución poblacionales (léase: esos negros de mierda) enmascarándose en el estilo cándido del “sos bienvenido”.

Vení, pasa, adelante...

“Un morocho no es extraño, si en la disco es el que limpia el baño, Ay si el morocho es empleado todo bien”
Micky Vainilla, cantante pop

El “sos bienvenido” de la campaña del PRO expresa, luego de haber definido en la toma del Parque Indoamericano qué es lo tolerable y qué debe ser excluido de la dinámica metropolitana, el campo de inclusión subordinada (al mercado de trabajo, al consumo, a las políticas oficiales) toda diferencia, incorpora *todo* de modo domesticado, suavizando su filo, convirtiendo demandas (urgencias) en soportes pacificados de una nueva intervención de las políticas públicas.

La campaña de Mauricio es carne de una zorrería: “sos bienvenido” a consumir un catálogo de bienes determinados (feria de la salada); “sos bienvenido” a trabajar de un modo fijado (welcomen al taller textil); “sos bienvenido” a ser parte del dibujo del desborde, marca de la nueva delincuencia.

Desborde y multiculturalismo

“Que estamos acá para defenderlos (...) todos tenemos que sentir que está pasando en el parque Rivadavia, que está pasando en Plaza Francia, que está pasando en los Bosques de Palermo (...) no podemos permitirlo; no podemos permitirlo (...) todo este avance de la usurpación tiene que ver con la inseguridad en la Ciudad de Buenos Aires; tenemos que pararlo; tenemos que revertirlo.”
Conferencia de prensa de Mauricio Macri.

“Es injusto que haya diferencias entre un chino y un dominicano Para mí no hay razas mejores, no distingo, son todas inferiores Orientales bolivianos: sin discriminaciones no distingo, no distingo, son todas inferiores”
Micky Vainilla, cantante pop

Si pensamos que la imagen de la ciudad se despliega como una guerra civil de modos de vida podemos inferir que coordinar su reverso permite que la guerra no nos desborde. Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de desborde? La toma del Parque Indoamericano fue una sorpresa para todos por varios motivos: ocurrió en la Ciudad Autónoma de Buenos

Aires, en un espacio público que es o pretende ser un parque; generó el automatismo reaccionario por parte de vecinos de la zona, legitimó con desparpajo la enunciación de discurso racistas solapados por la corrección política. La vorágine de su despliegue no habilitó a la formulación de preguntas, rápidamente se le debía colocar un nombre que cabiera en el escueto espacio de los zócalos televisivos: usurpación e intolerancia. De manera implícita, lo que se leía en los discursos mediáticos y de funcionarios del gobierno de la ciudad era que, de permitirse el Parque Indoamericano, se habilitaría a un modo de vivir la ciudad que no podía ser. El miedo al contagio requería de una medida urgente.

En los días del Indoamericano se expuso con toda crudeza el fenómeno racista de los vecinos de Soldati y alrededores. Un racismo que suele ser más condenado cuando se da entre pobres, porque se presume que no hay diferencia entre ellos. En el caso del Indoamericano, sin embargo, algo de este mecanismo se quiebra: en lugar de la imagen de la lucha de “pobres contra pobres” –repetida hasta el cansancio por los medios en cientos de hechos de este tipo– aparece una división más nítida entre los “pobres”: de un lado los “invasores” o “usurpadores”, y del otro lado los “vecinos”, quienes, claro está, despiertan la espontánea solidaridad de una extensa simpatía policlasista.

Asistimos aquí, a partir de la toma del Indoamericano, a un nuevo tipo de tratamiento de la gestión de lo social: el “vecino” como célula básica de un nuevo discurso sobre *lo público* en la ciudad cuyo reverso amenazante es el “usurpador/invasor”, al que se atribuyen todos los estigmas que antes circulaban por igual para todos los “pobres” que peleaban entre sí: “boliviano”, “peligroso”, “delincuente”, etc. Evidentemente, estamos ya muy lejos del “vecino” de las asambleas del 2001. Ese “vecino” surgía en condiciones bien diferentes. Este nuevo “vecino”, en cambio, emerge como una identificación policlasista en torno a valores como propiedad, miedo, consumo y seguridad.

No es un dato menor el hecho que mientras el parque Indoamericano era un campo de batallas, desde el gobierno de la Ciudad se encuestaba a los “vecinos” de la zona para preguntarles cómo veían las cosas y cómo el gobierno debía proceder, lo que nos habla, también, de un nuevo tipo de intervención gubernamental hecha en “tiempo real” sirviéndose de los procedimientos de la encuestología y la mercadotecnia. Es por ello que la campaña electoral del macrismo que apela a consignas en torno a la “diferencia” cobra sentidos nuevos a la luz de lo que estamos diciendo. El tipo de “multiculturalismo” que el macrismo pone en circulación refiere

siempre a la diferencia tolerable entre “vecinos”, lo cual quiere decir también que Macri representa los valores de un gobierno que quiere acabar con los “usurpadores”. De modo implícito, se identifica a todas las figuras de la “usurpación” y la “invasión” (migrante, piquetero, chorro) con la palabra “vieja política”, que a su vez reúne los sentidos del negocio, la manipulación, el clientelismo, es decir, todos los rasgos que reconocemos en los movimientos de toma. Se cierra, por esta vía, un círculo vicioso. Una manera de lidiar con lo ingobernable (demanda de tierras y de vivienda) en la ciudad a partir de la configuración de una cierta idea de lo “público” sostenida tanto en valores ordenancistas, como en cierta idea de tolerancia de la diferencia y de un clasismo “amable” sostenido en un control poblacional racista que divide en dos a la población porteña: los “vecinos” (a proteger) y los “otros” (virus extraño a excluir).

Los establecidos y los marginados

“...insisto a una inmigración tan descontrolada, al avance del narcotráfico, al avance de la delincuencia y que tenemos que defender la ley. Todo queremos vivir en libertad, una libertad madura; una libertad madura es aquella donde existe el respeto; el respeto por el otro, que significa respeto de la ley, con derechos y obligaciones.”
 Conferencia de prensa de Mauricio Macri.

*“Mejor mejor cruzo la calle ya
 y llamo a un policía que lo encierre de antemano”*
 Micky Vainilla, cantante pop

¿Una sola o varias desigualdades? ¿Es posible hallar una desigualdad fundante, desigualdad Real que se desprenda de desigualdades menores, desigualdad soberana del resto de plebeyas desigualdades? En la ciudad, la producción de desigualdades –múltiples, diversas– es, quizás, la actividad más rentable dentro del mercado de capitales simbólicos y materiales. A cada rato, en los puntos más insospechados de la urbe, las desigualdades crecen como la hierba. Se expanden como el yuyo. Arrasan como la soja.

En su *Ensayo teórico sobre las relaciones entre los establecidos y los marginados*, Norbert Elías se pregunta cómo puede ocurrir que un grupo de personas se considere a sí mismo superior a otro. Para ello, analiza los vínculos entablados entre un grupo de vecinos tradicionales y otro de

recién llegados de la localidad inglesa de Winston Parva, donde halla, a modo de caso o fragmento, *un tema humano universal en miniatura*. No hallando diferencias de clase, de rasgos biológicos o de comulgaciones religiosas que puedan explicar las relaciones de desigualdad, Elías encuentra su fundamento en el carisma de grupo producido por la antigüedad de una formación que se identifica y reconoce a sí misma superior a partir del desprecio a quienes, recién llegados a “su territorio”, por tal condición no comparten sus mismos modos de vida.

Así como solemos preguntarnos por la ley que dicta acatar la ley, la obligación a obedecer, lo hacemos también por el derecho que garantiza la portación de derechos, el derecho a tener derechos. ¿De dónde surge aquel derecho natural, condición primera de igualdad? ¿Quién reconoce y quién garantiza el derecho a ser sujeto de derechos, a ser ciudadano, a ser humano?

Pensamos el racismo como la máscara que disimula y, al mismo tiempo, explica las desigualdades que subyacen a la supuesta plena igualdad promulgada por regímenes liberales. Pero el racismo no sólo paradójicamente encubre y revela, también produce muchas otras desigualdades. Desigualdades –si es que cabe la distinción– no de hecho, sino de derecho.

El derecho al racismo opera a través de una dialéctica negativa consistente en la auto-adjudicación de un grupo del derecho a negar derechos. El derecho al racismo echa por tierra la pretendida universalidad liberal. Mis derechos, dicta el manual, terminan donde empiezan los del otro. Sus derechos, dicta el buen vecino porteño a los ocupantes del Parque Indoamericano, acá se terminan. Acá en Soldati, como en el Parque Rivadavia, en Plaza Francia o en los Bosques de Palermo –pues, como decía Mauricio Macri en la conferencia del 9 de diciembre de 2010, “no porque esté sucediendo en el sur no le vamos a prestar atención”–, sus derechos no cuentan.

Como en la localidad de Winston Parva, los vecinos que, ante la ocupación del Parque Indoamericano tomaron en sus manos la violencia legítima del Estado, hicieron uso del derecho a la producción de desigualdad que les confiere su sola antigüedad en el barrio. Acá estamos nosotros se traduce en acá ustedes no cuentan, y el derecho gerontocrático del primer ocupante en derecho al racismo o, en su cara más lavada, en derecho de piso. Como en las carreras por la apropiación de las tierras del lejano oeste, aquellos que con la fuerza del rayo que cae del cielo llegan primeros a tocar el suelo, se hacen con el mágico poder de fundar a la vez que de limitar derechos. Reverso de la resistencia

de los pueblos originarios, quien reclama para sí el derecho al racismo encarna al señor feudal que usurpa, expropia y expulsa cegado por la fiebre bruñida de la acumulación originaria de derechos.

Tratame como caso social

“Que se lotee un espacio publico de la Ciudad de Buenos Aires; eso no es aceptable y no lo podemos aceptar; la gente está reclamando porque cuidemos lo que es de todos, que pongamos límites al avance de esa delincuencia.”

Conferencia de prensa de Mauricio Macri.

El tipo de organización que protagoniza las tomas ya no es aquella que identificamos con otros ciclos de lucha que se desplegaban a partir de rasgos comunitarios, promovida por grupos militantes y por una cultura política autónoma. Hasta el momento, este tipo de luchas recientes no ha generado un discurso político propio. Esta confluencia de punterismo, deseos y oportunismos no posee ni aquellas consistencias heredadas, ni aquellos valores. Sabemos lo que no es. Pero quizás lo urgente sea saber lo que sí puede, lo que sí es.

Cuando decimos “oportunismo” lo hacemos despojando esta noción de sus connotaciones morales. Hablamos, en cambio, de una *disponibilidad* de quienes participan de estas movidas, de percatarse a velocidad de una posibilidad que se abre de obtener un pedazo de tierra, una vivienda, un plan. La decisión veloz de participar de una acción colectiva puede terminar mal, pero también puede cambiar la vida de alguien de modo radical: de la mañana a la noche. La confluencia que describíamos entre organización punteril y cálculo de mercado da como resultado una organización veloz y flexible, en la que cohabitan los poderes políticos con dinámicas compensatorias más sutiles en donde las expectativas de la gente cumplen un papel central.

En un contexto donde hay riquezas “para repartir” este tipo de acciones logran establecer rápidas negociaciones con las esferas oficiales, preocupadas por pacificar el conflicto, abriéndose rápidamente una negociación entre las partes. En este contexto, las personas refieren menos su situación a una escena de lucha y organización colectiva y más a una situación personal o familiar. Y desde las instancias oficiales se trata menos de lidiar con referentes políticos orgánicos y representativos,

que de establecer casos particulares. De allí la recurrencia al censo como primera y principal operación organizadora de la negociación.

La secuencia se establece, entonces, a partir de la constitución (ocasional) de una fuerte capacidad de acción colectiva que opera por medio del *desborde* y la *apropiación directa* con el propósito de abrir una instancia de negociación. Una vez abierta la negociación, la capacidad de acción se transforma en demanda o “caso” capaz de encuadrarse como “caso social”. En esta segunda fase es fundamental la participación de un funcionariado –sobre todo a nivel de los municipios– con una sensibilidad y una experiencia que le da el haber sido antes parte de las militancias de los movimientos sociales, como ha sucedido con las tomas de Quilmes.

4 HACER CIUDAD

La ciudad puede ser objeto y deseo de las más puntillosas planificaciones, ralentizada y depurada en los ploters de funcionarios, inversionistas y urbanistas. Ella crece y decrece, sin embargo, siguiendo sus mil ritmos, menos según los planes, más según el pulso de los mercados y todavía más según la cadencia vital de quienes vivimos en ella.

Ciudad multiforme: desborde, mercado y planificación

Fuera de plano. No se vive sin crear espacio. No se vive sin destruir espacio. Los modos de vida que la ciudad produce, la ciudad que de los modos vida resulta, se entraman, se tejen en alianzas o guerrear. El mercado hace su juego, limita y potencia esas formas de vivir de acuerdo las encuentre más o menos funcionales a su lógica. La ciudad desborda y mantiene una relación de familiar extrañeza con el cálculo. Dar para recibir. Gestionar.

Si la ciudad es entretejido, hacer ciudad es la manera en que se concentran y desparraman los recorridos de los cuerpos, las apropiaciones, las fijaciones y las movilidades de quienes estamos en ella, quienes vienen y quienes se van. Hay ciudades que urbanizan la injusticia: segmentan territorios, que se espacializan para la explotación y la distribución de los cuerpos, sus vidas y sus muertes. En ellas puján también otros modos de vida, luchas (de las más diversas) por producir situaciones de justicia urbana. Situaciones que alteran, reinventan el espacio-tiempo, que reorganizan el sentido de una vida metropolitana, con sus anonimatos y sus dolores. La ciudad afecta de manera desigual. Mientras ciertas vidas se encuentran altamente protegidas, otras son desestimadas.

Más allá de las intervenciones con fines de valorización inmobiliaria, de ampliación del consumo, de segregación o de privatización planificadas desde el estado o el mercado, se presentan otros modos, informales e igualmente expansivos. El crecimiento de la feria La Salada o la proliferación vertical de ciertas villas, por ejemplo, ponen en jaque la idea de una planificación urbana; no porque no la tengan, sino porque la alteran sustancialmente. Son formas informes de producción de ciu-

dad que exhiben otro modo de calcular el crecimiento, otra tendencia, que excede la noción misma de zona “marginal”. La *saladización* no sólo es un efecto de los espacios públicos, sino que también es vivido en el interior de la propia arquitectura de los shoppings y de los locales comerciales. La relación establecida entre espacio (saturado), tiempo (efímero) y consumo (voraz) hace estallar las “formas” planificadas, esperadas, y se insertan en las vidas de los modos más extraños, más desquiciados, pero siempre reabsorbidos en las formas por venir.

Una dinámica esencial para pensar la ciudad surge del mercado inmobiliario, en tanto mecanismo que es transversal a los espacios formales e informales de la ciudad (lo que en la lengua de un cierto marxismo-objetivista se llama la historia de la plusvalía del suelo y desde un marxismo de las subjetividades, el análisis de la producción de valor a partir de los modos de vida).

¿Qué distancia hay entre la ciudad fordista convertida en espacio de producción industrial y la ciudad creativa y del conocimiento? ¿Hemos viajado de la ciudad fábrica a la ciudad empresa? ¿Qué formas de gobernabilidad orientan la producción de riqueza colectiva? ¿Quiénes son hoy los agentes de esas formas de producción? ¿Acaso todo lo que la ciudad contiene deviene empresariedad?

La valorización de múltiples aspectos y formas de vida que se dan en la ciudad no es sino una modalidad de acumulación de capital cuyo efecto directo es la desposesión. Desposesión de las riquezas comunes. Lo que en las zonas rurales se identifica con la explotación de recursos naturales, puede observarse en las ciudades bajo la forma de una apropiación de los frutos del trabajo y la cooperación colectiva. Al espejar estas dos situaciones, se hace posible recomponer un territorio latinoamericano en movimiento, producir un continuo de lógicas de explotación y de sus resistencias.

Hoy la ciudad es también migrante. La ciudad depende de la energía del crecimiento para su propia existencia. Abierta a un proceso de transformación constante y plagada de tensiones por las biografías y trayectos que la recorren. Incluso la frontera neta entre campo y ciudad se desdibuja, a la vez que empiezan a proliferar ciertas variaciones de una periferia creciente, suburbana, difusa, conectada, global...

En la articulación entre esta modalidad de acumulación por desposesión (neo-colonialismo extractivista que tracciona al “desarrollo”) y los movimientos migratorios más recientes hacia los centros urbanos,

es posible repensar las formas de representación política acerca de las relaciones campo-ciudad dislocando el carácter binario de la conjunción y poniendo en relieve la multiplicidad de flujos que allí se juegan. Si buena parte de las experiencias de resistencia a los modelos neodesarrollistas se está librando en aquellos territorios donde se concentran críticamente los “recursos naturales”, ¿cómo articular estas luchas con las formas de participación política en las ciudades sin que sean vividas como “ajenas” o “lejanas” a los procesos específicos que se despliegan en los centros urbanos? Esto es, ¿cómo resituar los efectos de la minería o la sojización de la tierra con las transformaciones (o intensificaciones) de los modos de explotación del trabajo y los bienes comunes en ciudades que ven acrecentada su población... y a la vez, repensar en su articulación las formas de lo político en uno y otro lugar?

La villa como forma de progreso

La villa es un modo de organización del espacio que abarata los costos de reproducción de la fuerza de trabajo y habilita un circuito de ilegalidad que potencia la economía formal e informal. A su vez, es en ella donde la ciudad concentra todos sus miedos. Contra el imaginario del progreso como clave de erradicación de la pobreza, las villas crecen aun más en un momento como el actual, de fuerte expansión económica. Se rompe así la ilusión de que las villas son espacios transitorios, de emergencia, que desaparecerán cuando la bonanza y la estabilidad económica llegue a todas las áreas de la ciudad.

El crecimiento de las villas revela un aspecto clave de nuestra época: una forma desigual y combinada de crecimiento monstruoso de la ciudad próspera. Entonces, en un contexto de ascenso social, las villas se expanden en vez de reducirse. Son lugares en el centro de la ciudad que proveen una oportunidad habitacional para una fuerza de trabajo crecientemente requerida. El que se expresa en la expansión de las villas es un modo de crecimiento económico que se combina de manera virtuosa con la precarización social.

Dentro de este modo de producción, de concentración del capital y de explotación extrema de algunas franjas de la población, la villa es la forma de urbanización más exitosa.

Los invitamos al mercado, pasen hasta el fondo: los planes de (er)radicación de villas

Frente al innegable crecimiento de las villas, vemos proyectarse dos medidas: Operativos de saturación policial, como el Plan Cinturón Sur, e intervenciones de decoración/embellecimiento, como la pintura al estilo Caminito de las fachadas de las casas de la Villa 31. Ambas son una forma de aceptar su radicación, y de controlar/gestionar su expansión.

Es cierto que el gobierno macrista, desde un punto de vista empresarial de la ciudad, ha interpretado mejor que muchos cómo tolerar el crecimiento informal. Y es que, de hecho, su estrategia es “cuidar” a la villa, dejarla crecer.

Casi todas sus acciones están aglutinadas y orientadas a la Regularización y Ordenamiento del Suelo Urbano en el programa PROSUR Hábitat encomendado a la Corporación Buenos Aires Sur con un plazo de mira de ocho años para lograr sus objetivos entre 2008 y 2016. El modelo de gestión según su propia enunciación se basa “en dos objetivos fundamentales: la urbanización integral de los asentamientos, y la participación activa de los beneficiarios en los proyectos”. Este es el camino que el gobierno del PRO ha valorado como el más adecuado para asumir el proceso de villificación como construcción de la Buenos Aires actual. Precisamente para poder “contar con ella(s)” en el proceso de desposesión de la riqueza común de los ciudadanos de la Ciudad de Buenos Aires. Contar con las villas es también contar con ellas como lugares de escape, ocultamiento y criminalización de los trabajadores informales, por supuesto, que no podrían cambiar de status a riesgo de arruinar todo “el modelo”: podemos vivir como lo hacemos en la Argentina contemporánea porque la precarización enorme de todos se basa en la extrema de algunos. Sus habitantes tampoco pueden escapar sin ser desposeídos de su riqueza urbana. También cuenta con ellas como lugar de acogida del crecimiento poblacional de la ciudad, señal de su vitalidad y sin duda de su mayor capacidad de generación de riqueza. Mientras el tango y la soja constituyen el mantra de marca para la ciudad y la nación respectivamente, la producción y el consumo de productos “truchos” desafía a ambos desde los lugares negados de la ciudad.

Radical las villas, “hacerlas parte de la ciudad”, supone en realidad un doble proceso de inclusión de las mismas en el mercado formal y de desposesión de la riqueza habitacional e inmobiliaria, urbana en fin, que han generado sus habitantes desde abajo, desde la toma de tierras hasta la autoconstrucción familiar del domingo por la tarde.

Si el precio sube en Caballito sube en la villa: algunas notas sobre el mercado inmobiliario porteño

La mafia italiana en EEUU, la camorra a las afueras de Nápoles y en las costas españolas, el cartel de Medellín, los carteles del norte de México, los traficantes de armas, el pequeño narco porteño, el emergente del chapare boliviano... todos ellos dejan tras de sí, antes o después, una inversión en forma inmobiliaria. Pudiendo dedicarse a negocios mucho más lucrativos, aunque ilegales, siempre acaban refugiando las fortunas que amasan en el negocio inmobiliario. La opacidad de este negocio lo hace idóneo para el lavado de dinero, es cierto, pero los beneficios que reportan deben ser suficientemente sustanciosos como para resultar rentables a estos magnates ilegales. La única diferencia con sus negocios previos es que este negocio es legal. Y que los beneficios que reportan son de mucha mayor duración, por razones obvias. El precio de las mercancías prohibidas puede subir de manera constante, y suele terminar con el magnate expulsado legal o ilegalmente del negocio, pero los complejos mecanismos que guían las continuas subidas de precios del mercado inmobiliario, casi vertiginosas, lo convierten en la perfecta inversión de futuro. Inmovilizar parte del capital de una ganancia es la forma habitual de esperar lograr una rentabilidad mayor para que un capital siga siendo productivo. Ocurre el mismo proceso, a ojos de todos está, en la Argentina contemporánea con el negocio agroindustrial. Si la soja genera esas riquezas magníficas, incontables... ¿por qué los sojeros las convierten en monoambientes que miran al Río Paraná a su paso por Rosario?

El crecimiento económico en la Argentina postcrisis vino de la mano también de la reactivación del sector de la construcción en aquellos entornos más urbanos. El boom inmobiliario parecía hacer explícito el bienestar general, generando una aparente riqueza a través del dinamismo residencial en la oferta de vivienda y empleo. Con diez años de perspectiva no parece que esta suerte de oportunidad haya beneficiado a todos los sectores por igual a la vista de las cifras de déficit habitacional.

¿Cómo es posible que al tiempo que vemos crecer las torres como champiñones aumentan también las tomas y se dupliquen las villas? La crisis de las hipotecas subprime y el pinchazo de la burbuja española nos han demostrado recientemente que oferta de vivienda y suelo están muy lejos de ser sinónimo de satisfacer las necesidades habitacionales y de un acceso equitativo a las mismas. Dicho de otro modo,

la formación del precio de la vivienda, por ende del m² construido y del m² de suelo, y la formación de la demanda de mercado son variables independientes de la demanda real de alojamiento. Como vimos, el suelo no sólo es una mercancía no reproducible, sino que además tiene peculiares características. La riqueza en el suelo rural se mide en función de su capacidad productiva, ligada a la fertilidad de la tierra y de su sustrato en función de su localización en un clima y geografía adecuados. Pero dicha riqueza no es extraíble sin el aporte de capital y trabajo determinados. En la ciudad el valor del suelo viene dado por su capacidad de ofrecer algo al mercado urbano: en función de su forma y superficie, pero también de su ubicación y usos asignados. No produce nada tangible sino la posibilidad de algo cuyo valor lo establecerá la demanda de esa misma sustancia. El precio aumenta en función del valor de esa potencia, pero en un círculo vicioso, la demanda aumenta a medida que aumenta la potencia. La potencia no es la rentabilidad misma, sino la expectativa de rentabilidad. El propietario se convierte en productor de potencias que puede manejar a su antojo, concentrando y reteniendo suelo y alterando así la intensidad de la demanda.

El dicho de que todas las crisis presentan oportunidades, funcionó también esta vez. En la versión financiera de la misma, el corralito, se fraguó la ocasión de imponer un mercado más voraz. La devaluación y la caída de precios en torno a 2001-2002 generó un vacío que reagrupó el mercado en torno a un escaso puñado de agentes. En 2002 el precio había caído más de un 60% con respecto al año anterior. La contracción de la demanda a causa de la falta de liquidez desvaneció cualquier expectativa sobre el suelo. Sin embargo, entre 2002 y 2006 la construcción experimentó un notable aumento, comenzando a materializarse todas esas oportunidades de rentabilidad que habían dejado los años anteriores.

La ausencia tradicional del Estado en política habitacional convierte al mercado en el único facilitador e intermediario. En el contexto de globalización, las políticas públicas orientadas a formas precarias de hábitat han ido encaminadas a la contención social de la pobreza en pro de una gobernabilidad urbana dócil. Se aborda el derecho habitacional únicamente desde el derecho a la tenencia aunque las políticas de regularización no han dado grandes éxitos hasta ahora.

También el mercado informal puede signar, según Cravino, la principal fractura de la sociabilidad barrial: operando en la distinción entre inquilinos y propietarios, en función de su posición relativa frente a los

procesos de regularización y los programas de mejoramiento barrial. El mercado informal no es abierto, así pues no compite directamente con el mercado formal, pero le sirve de complementario. Por otro lado, no es legal, pero es tolerado. Opera mercantilizando las lógicas de reciprocidad y necesidad, no tanto en función de una lógica de ganancia netamente capitalista. Se rige por una racionalidad diferente, debido a las peculiaridades de sus actores y condiciones contextuales.

En origen, las tomas espontáneas-desbordadas se realizan sobre tierras en su gran mayoría de propiedad estatal o fiscal (52,4%) o de jurisdicción municipal (60%), que en una amplia mayoría pasan a venderse en forma de lotes o viviendas en el mercado inmobiliario informal. En la mayor parte de los casos las transacciones son dentro del propio asentamiento, pero un no despreciable 22% se debe a grupos que operan en beneficio propio de manera especulativa. Al efectuar el mercado informal operaciones dentro de un mismo grupo de pertenencia, también queda altamente influenciado por la distribución desigual de los recursos sociales.

Aunque en el asentamiento informal haya que violar la propiedad privada para acceder a ella, también funciona como una forma de capitalización, del cálculo que forma parte de las expectativas de mejora social, pero resulta mucho más entramado a un conjunto de lógicas y redes sociales que operan con una lógica distinta. En la ausencia de reglamentaciones formales surgen otros caminos. En la toma el gradiente de legitimidad social construye el rol del propietario y la superposición de diferentes espacios sociales dentro de la villa funcionan con lógicas de solidaridad o exclusión en función de las situaciones y del tiempo.

Si la torta es grande, quiero mi parte: la vivienda como mecanismo de inversión de todos

Resulta claro, parece, que el negocio inmobiliario es uno de los motores fundamentales del siglo XXI, más allá de su indiscutida responsabilidad en la detonación de la actual crisis del capitalismo global. Unido indisolublemente a la consolidación de la explosión urbana que se viene produciendo desde hace una década, es uno de los mayores negocios actuales cuya importancia queda probada por diversos fenómenos: desde el derribo del Dharavi de Mumbai, la que fue la mayor favela de Asia con casi un millón de habitantes hasta la célebre conversión de las ciudades chinas en bosques de rascacielos, pasando por las torres de Sao Paulo... la ciudad puede destruirse y reconstruirse en un solo gesto.

Sin duda podemos afirmar que no hay constitución en todo el mundo que contemple como derecho inalienable el derecho a la especulación, pero este es un privilegio fundamental que todos los propietarios ejercen en la actualidad. Si dejamos de juzgar ese cálculo que constituye la energía fundamental para la transformación de la ciudad contemporánea, y la de Buenos Aires también, podremos entender que la toma es, de hecho, un camino más para producir suelo urbano y para urbanizar aquello que aún queda por urbanizarse. Una forma de acceso a la vivienda, que junto a los sueños y deseos privados, constituye también la forma de acceso al mercado, cualesquiera que sea este, formal o informal. La capacidad del mercado de generar una amplia oferta, sea ésta legal o ilegal, no produce ni de lejos una garantía real de acceso a la vivienda entendida como producto o mercancía. Más allá, lo hipertrofia. La verdadera fórmula maestra del capitalismo, sea de lo suntuoso o de lo trucho, consiste en producir escasez basada en la abundancia. Haciendo abuso del requisito imperioso de vivienda como elemento de la reproducción social, como necesidad auténticamente objetiva, es decir, exterior a los individuos, el mercado inmobiliario se hace con el monopolio de la carencia. Sea cual sea la oferta, su éxito radica en que como clientes no podemos sustraernos de la opción última, la que consiste en desistir de comprar.

Guerra civil de modos de vida. Dime dónde vives y te diré quién eres.
La ciudad como espacio de distinción-diferenciación social

En diez años se duplicó de manera exacta el precio del m² de vivienda en la ciudad. El mapa de precios de Buenos Aires es también una cartografía que muestra cómo opera la diferencia social. Si bien siendo ésta una década donde el dinamismo del mercado podría interpretarse como un factor de desarrollo urbano, no se ha producido sino un aumento de las diferencias entre zonas tradicionalmente ricas o pobres. El centro urbano, epicentro de la recuperación urbana, puede resultar un buen paradigma: si bien representaba el precio medio de la ciudad en 2001, luego de una grave caída, está hoy quince puntos por encima. Asimismo, la distancia entre Palermo y La Boca que en 2001 era de 40 puntos, hoy es de 67. Los espacios más ricos tienen a día de hoy unos suelos y vivienda más exclusivos, por cuanto inaccesibles, mientras que los espacios tradicionalmente pobres están aún más lejos de la media que representa a la ciudad.

También en relación a esfuerzo de compra se aprecia la construcción de un espacio social aún más diferenciado entre los barrios de la ciu-

dad. Si en 2001 comprar un departamento en Recoleta requería doble esfuerzo que en Nueva Pompeya, llegados a la cumbre del boom inmobiliario esa distancia se había desplazado a casi tres veces. El esfuerzo de los sectores medios y bajos por incorporarse al mercado formal es muy costoso, lo cual redundó en un aumento de la demanda del alquiler, la cual en los últimos cinco años sufrió un aumento de al menos el 70% presionando cada vez más fuerte sobre el salario medio. Regresemos ahora al Indoamericano. La asociación entre el “vecino” de Lugano y Soldati con el de Plaza Francia que hizo El Ingeniero el día después de la toma, no sólo es una mentira interesada que azuza la guerra civil de modos de vida, es sobre todo una ficción para los dos equiparados en ese discurso, un imposible asentado en décadas de segregación, abandono y olvido.

Un nuevo territorio de acumulación: la inclusión o “puesta en carga” del sur de la Ciudad de Buenos Aires

Buenos Aires se modifica fundamentalmente recomponiéndose de manera interna, destruyéndose y re-construyéndose a base de impleciones con efectos derivados diversos.

Tradicionalmente “el sur” de la ciudad de Buenos Aires ha sido industrial, obrero, pobre y barrio bajo: San Juan y Boedo antiguo, Pompeya y más allá la inundación, cantaba Rivero la letra de Manzi, lamentándose de los cambios en el Sur de la ciudad ya en 1948. Las otrora –todavía entonces– impresionantes fábricas del sureste de la ciudad, de Avellaneda y Lanús, son hoy en día ruinas perfectas de un pasado que nunca volverá. Más allá de la Nueva Pompeya mitológica, hacia el Sur la ciudad se va desvaneciendo, quedando apenas unos pocos barrios de casas bajas rodeadas por toda clase de grandes terrenos semiinundables, que algún día fueron quintas que quedaron al margen de la urbanización masiva del crecimiento meteórico de la ciudad en el primer tercio del siglo XX, y que a lo largo de las décadas se han ido convirtiendo en diversas manchas urbanas de gran tamaño: algunos polígonos industriales, todos los grandes proyectos de monoblocks, y casi todas las villas (excepto la 31 y la 31bis de Retiro, la Rodrigo Bueno cerca de Puerto Madero y la de Fraga al 900 en Chacarita). Además de el viejo Autódromo y su lago de regatas, el Parque Roca y el Parque de la Ciudad, ambos semiabandonados; el Parque Brown, y todo un mundo de industrias sucias más o menos informales: desde el depósito

judicial de coches a grandes barrios cartoneros que separan sus basuras en plena calle, así como las instalaciones que muchos clubes deportivos tienen en la zona, incluido el más conocido de todos ellos, el de San Lorenzo de Almagro. Y ahí también, por supuesto, el único de esos terrenos verdaderamente público y gratuito: el Parque Indoamericano.

El Parque Indoamericano fue, no en vano, el lugar elegido para ser tomado. La toma representa la puesta en carga del Sur de la ciudad de Buenos Aires. Cuando una estructura edificatoria comienza a sostener los esfuerzos se dice que entra en carga. Es la ciudad migrante, unida a la presión inmobiliaria, la que estaría introduciendo una nueva fuerza en todo ese sur de la ciudad abandonado durante décadas. Una buena porción de la ciudad que no podría seguir más tiempo en un limbo histórico, improductivo en términos de desarrollo urbano. Y se está poniendo en carga precisamente con la forma urbana que genera el modo de hacer ciudad desde abajo.

Ver los dos estacionamientos del parque de la ciudad abandonados resulta entre irónico y cruel, además de despertar una ternura por ese pedazo de hormigón que en otros lugares y latitudes ya estaría sembrado de carpas, y después de casillas, y luego de viviendas de material, antes de que los dueños de la montaña rusa que nunca llegó a funcionar alcanzaran a cruzar las vías del Premetro.

Urbanismo inmobiliario: sobre la renta

El suelo se convierte en el soporte de una renta futura, materializable sólo en ciertas condiciones. Como dice Harvey, se trata de una renta ficticia, por cuanto representa un valor no producido pero a partir de la cual se puede obtener una rentabilidad presente si se opera con ella como un bien financiero en circulación.

La producción de renta urbana abarca no sólo la suma de las rentas de quienes trabajan/viven en la ciudad, sino que puede pensarse como extrapolación de lo que Marx llamó renta absoluta (agraria): la producción/apropiación de un plus-valor específico a partir del complejo andamiaje inmobiliario/financiero montado sobre la maquinaria-ciudad. Ese andamiaje obtiene sus ganancias por apropiación de una producción que tiene lugar en el entramado vital cotidiano de las personas. En este sentido, la distinción entre economía formal e informal es un criterio que permite ver los modos de distribución de la riqueza producida más que los modos de su producción efectiva. Visto de otro modo, al

igual que varias formas de precariedad atraviesan nuestras vidas, también es la ciudad el territorio que les da soporte, y es al tiempo sujeto de esas mismas formas de expropiación y acumulación.

Casas sin gente, gentes sin casa: el acceso

¿Cómo es posible que ante una prosperidad aparentemente generalizada el acceso a una solución habitacional digna siga manejando cifras tan altas?

En la década del noventa la descentralización, terciarización y privatización de organismos provocó el comienzo del colapso de la cuestión habitacional. Luego de la crisis de 2001 los problemas genéricos que afectaban a la cuestión del acceso a la vivienda se agravaron. Buenos Aires se ha caracterizado por un desarrollo muy limitado en materia de política habitacional. En un primer momento, hasta el año 1996, por su falta de autonomía y competencias en la materia. Si bien a partir de entonces la constitución de la ciudad se dotó de un capítulo específico en torno al hábitat y se reactivaron las funciones de algunas instituciones en desuso, como la Comisión Municipal del Vivienda (CMV) y la Secretaría de Promoción Social (SPS), sin embargo, sus acciones fueron lentas y de poco alcance.

Luego de las diversas tomas a lo largo de este año en varios puntos del país y del enorme crecimiento dentro los asentamientos informales en la ciudad de Buenos Aires, la cuestión habitacional está comenzando a convertirse en un problema ineludible y de gran impacto. Tomando de nuevo el Censo 2010, las cifras hablan por sí solas: de los casi tres millones de viviendas que componen el Gran Buenos Aires, 344 mil están deshabitadas, lo que representa un 11%. En la ciudad, donde se estima que hay un déficit habitacional de 130.000 hogares, esa cifra aumenta al 24%, con casi 341 mil viviendas desocupadas. La vivienda como forma de inversión especulativa es dos veces y media mayor que la necesidad existente.

Si buceamos en las características que conforman esta situación nos encontramos con que más de medio millón de familias dan cuerpo a cerca del millar de asentamientos del total del área metropolitana, y que a pesar de dicha magnitud, ésta está por debajo de la suma total de la vivienda vacía. El problema no deja de regenerarse: así casi un diez por ciento de las villas y asentamientos tienen una antigüedad menor a cinco años, son territorios vivos donde en más de la mitad

de ellos se sigue construyendo vivienda y el crecimiento conjunto de esta década es superior al 50%. La proliferación de planes paliativos cuya eficacia es tan relativa constituye la mejor excusa para perpetuar el problema. Si bien desde 2004 se han implementado algunos planes específicos de escala federal (Programa Federal de Construcción de Viviendas, Programa de Mejoramiento de Barrios, Programa de Emergencia Habitacional) en lo que respecta al gasto público total (incluyendo Nación, provincia y municipios) destinado a vivienda y urbanismo la cifra no ha conseguido superar ni la desinversión de los años noventa (aumentando tan sólo seis décimas sobre el 0.50% del PBI por año) ni proporcionar soluciones habitacionales por encima de las cuarenta mil viviendas al año.

En la ciudad de Buenos Aires el panorama no es más alentador: mientras el gasto total de la corporación municipal creció en dos años (2007-2009) en más de un 60% el de vivienda cayó en un 20%. La subejecución presupuestaria del Instituto de la Vivienda (ICV) es casi un insulto a la luz de la dimensión del problema habitacional: en 2010 fue de menos de la mitad y aunque se delegó a la Corporación Buenos Aires Sur las competencias sobre la construcción de viviendas y urbanización de villas en la zona sur de la Ciudad, este año su presupuesto se redujo en dos tercios.

A desalambrar...

Atravesando la ruta 5, la distancia que separa a Bragado de Buenos Aires es de unos 200 kilómetros. Durante varios años, en especial en la infancia y adolescencia de muchos pibes de pueblo, viajar a la capital se asemejaba a una suerte de “pequeña aventura” que los jóvenes de distintas generaciones solían emprender en auto o tren con sus familias. A veces iban sólo los padres, por asuntos, trámites o consultas que sólo podían hacerse en *la gran ciudad*; otras veces toda la familia realizaba esa pequeña travesía. En todas las ocasiones, la concepción de “urbe”, gigante, cosmopolita, de verdadera *ciudad* siempre estuvo reservada para Buenos Aires.

Pasados unos cuantos años, la idea de “ciudad” sigue siendo privativa de la gran metrópolis porteña, pero otras fronteras parecen haberse vuelto lábiles y la multiplicación de nodos comunicacionales entre los pueblos y “la ciudad”, fue tejiendo nuevas rutas virtuales y físicas yuxtapuestas a la “vieja ruta 5”. ¿Qué separa hoy en día o qué conecta los “pueblos” con la “ciudad”? ¿Qué significa “hacer ciudad” en esas ciudades otras mucho menos gigantes?

En aquellos viajes que hoy parecen más “lentos”, siempre había tiempo para reconocer o disfrutar el “paisaje pampeano”: una línea infinita de horizonte recortada apenas por el cielo más infinito aún, y por la alternancia familiar de árboles, monte, casas y cultivos. Esa secuencia se repetía incesantemente, pudiendo distinguir según la época del año en que uno viajaba, si los cultivos eran de maíz, de trigo, de lino, de girasol y, muy ocasionalmente en aquella época, de soja. A eso se sumaban grandes extensiones de tierra para pastura de cabezas de ganado, en general vacas para faena y en algunos campos con tambos, vacas holando-argentina para producción lechera. En todos esos campos que uno atravesaba viajando por “la 5” –y en los campos que uno conocía lindantes al pueblo–, siempre se distinguían espacios destinados a “monte”, es decir extensiones de la tierra en las que sólo había acumulación de árboles y vegetación, apenas con la única intención de constituirse en “pulmón” del campo, espacio de sombra para reposar a menudo de la dura faena cotidiana. Los campos de mayor extensión solían tener mayor extensión de monte, a menudo varias hectáreas, razón por la cual podían habitar allí un gran número de aves y animales salvajes, aunque eso muchas veces supusiera el riesgo de que algún “puma” merodeara la zona, estableciendo su guarida en esos espacios.

Hoy, cuando el viaje hacia o desde la gran ciudad demora poco más de dos horas –o incluso en las eternas 4 horas y pico del tren o el colectivo–, todo ese paisaje se asemeja a un enorme *manchón verde*, que apenas cambia de tonos con las estaciones. Un manchón verde de soja, pero no de aquella que se sembraba antes de los 90, sino de esta soja mutante, que resiste los modos más agresivos de siembra y los herbicidas más venenosamente efectivos. Cada metro de tierra vale su peso en la cotización internacional de ese “yuyito”¹.

La opción de apostar a trigo, maíz o girasol exclusivamente supone numerosas complicaciones para los pequeños o medianos productores, decantándose cada vez más por la soja u optando por una elección las más de las veces erigida en única salida al endeudamiento: alquilar los campos a los *pooles* de siembra. En ese caso, podríamos afirmar que la degradación de la tierra aumenta exponencialmente, ya que los grandes *pooles* de agronegocios no ponen especial cuidado en el futuro de los suelos, aspirando a la máxima renta en el menor tiempo posible. Así, al cabo de pocos años, la combinación del monocultivo de soja transgénica, más la utilización de pesticidas basados en el glifosato y los métodos de siembra directa con poca presencia de rastrojos, termina degradando y desertificando la tierra a una velocidad alucinante.

Ahora bien, más allá del impacto ambiental/ecológico de la expansión de la soja en la región pampeana –y su ineludible extensión a otras provincias–, interesa retomar las consecuencias en las vidas de los pobladores rurales y los modos en que esa migración silenciosa ha ido “construyendo ciudad” en las últimas décadas. Para dar algunas cifras que nos permitan referir el problema: la producción lechera en tambos, emplea en el campo aproximadamente a unos 4 trabajadores por cada 100 hectáreas. En el caso del maíz o el trigo, se calcula en 2 o 3 trabajadores cada 100. Sin embargo, para la soja el cálculo refiere a un trabajador cada 500 hectáreas². La diferencia es descomunal, po-

1 Para tener una idea, la soja se está pagando promedio (7 octubre) a \$1190 (u\$s 270) la tonelada, mientras el maíz se paga u\$s 165 y el trigo u\$s 140. El precio que más se asemeja es el del girasol, a \$1120 la tonelada, pero en ese caso debemos tener en cuenta la demanda entre uno y otro cereal: la comercialización con China es fundamentalmente de soja, lo cual convierte a ese grano en la principal opción de siembra para los productores (valores en pizarra de la Bolsa de Rosario).

2 ¿Pura coincidencia? Para junio de 2011, UATRE afirmaba que los trabajadores en la pampa húmeda (30 millones de hectáreas) serían alrededor de 60.000,

niendo en relieve el alto grado de tecnificación aplicada a un cultivo que prescinde de la presencia significativa de peones rurales en los campos. En una nota publicada en marzo de este año en Página 12, el investigador Guilleomor Neiman afirmaba: *“La especialización agrícola modifica significativamente los volúmenes de empleo. Por ejemplo, en base a una tecnología media, el empleo directo generado por una hectárea de soja es de cuatro horas al año mientras que la caña de azúcar en Tucumán o el algodón en Chaco insumen aproximadamente 150 horas por hectárea/año y puede llegar a las 250 horas en el caso del olivo en Catamarca. O sea que **cada dos hectáreas de algodón que son sustituidas por soja se pierde un puesto de trabajo directo** o, dicho de otra manera, se necesitan 40 hectáreas de soja para equilibrar la pérdida de empleo que se genera cuando sale de la producción una hectárea de caña...”*

El análisis está dando cuenta, además, de la expansión del monocultivo de soja a provincias que tradicionalmente han sido productoras de caña de azúcar, algodón, uva o incluso tabaco y porotos. Del mismo modo, provincias con regiones cuyos suelos han revestido poca fertilidad para el desarrollo agropecuario a gran escala, como la mesopotamia santiagueña o la planicie catamarqueña. La soja transgénica no sólo se vuelve resistente al uso del glifosato, sino también a las condiciones menos favorables de los suelos y el poco caudal de riegos por lluvias estacionales.

El estilo de concentración de pobladores en el campo sigue siendo más típico de cultivos que suponen todavía el trabajo manual sobre el producto (la hoja del tabaco, del té, la yerba mate, la uva, entre otras), y se suele calcular en torno al trabajo de una familia por hectárea. Los cultivos tradicionales de maíz, trigo o girasol, o la producción tambera y de ganado en la cuenca pampeana han supuesto, como se ve en el cálculo por hectáreas, un buen número de familias habitando los puestos rurales o directamente en los campos. La expansión de la frontera de los agrogocios, directamente vinculados a la soja transgénica ha ido raleando impresionantemente esa concentración de población rural. El año pasado, en una indagación sobre escuelas rurales con *plurigrado* para una investigación educativa, fue sorprendente comprobar los bajos números en la matrícula de las instituciones. Las escuelas de campo nunca se caracterizaron por ser masivas ni multitudinarias, pero al estar ubicadas en los puestos rurales (“cuarteles”, como reza la vieja denominación castren-

considerando en promedio un trabajador cada 500 hectáreas. Estamos hablando de una las zonas con mayor concentración de cultivos de soja.

se), siempre albergaron a los hijos de los peones rurales, siendo las más de las veces *plurigrados* por la imposibilidad fáctica de dividir en grados una baja matrícula y los pocos puestos de trabajo docentes. En los datos correspondientes para el año 2010, la escuela rural dentro del partido de Bragado que más alumnos tenía en su totalidad, apenas contaba con 10 chicos. Había algunas incluso con 2 o 3 alumnos, una cifra casi irrisoria que asemejaba más a los viejos métodos de maestro-pupilo que a la escuela moderna. Consultada la inspectora de escuelas rurales acerca de esos números tan bajos, su respuesta inmediata fue “es que hay menos gente en los cuarteles... ya muchos se han venido a la ciudad”.

Así, a medida que los cultivos tradicionales fueron perdiendo terreno en relación a la soja, consecuentemente se fueron perdiendo puestos de trabajo en el ámbito rural, produciendo una inexorable migración y desplazamiento de las familias hacia *las ciudades*. En principio, hacia las ciudades más cercanas, aunque también hacia las grandes urbes capitales de provincia en las que pudiera ser más factible el acceso al mercado de trabajo. Los pequeños o medianos productores rurales que permanecieron en el campo, apostando a mantener cultivos como maíz, trigo o girasol sin darle la preeminencia a la soja, corren el riesgo de apostar a una rentabilidad más fluctuante e incierta, expuesta a las retenciones e impuestos y sin las garantías que un grano transgénico puede ofrecer en su poderosa combinación con los herbicidas basados en glifosato y los seguros de rinde por hectárea que ofrece la soja. Para un “chacarero” de 100 o 200 hectáreas, este riesgo puede llevarlo al borde del endeudamiento rápidamente, teniendo que optar entre darle prioridad a la soja o arrendar su campo a los *pool*es de agronegocios. De este modo, algunos chacareros pueden optar en alquilar su campo, recibir una renta sustanciosa, establecerse en la ciudad y evitar los riesgos de que la cosecha salga mala, al mismo tiempo que el proceso de concentración de la tierra en pocas manos (que a la vez no son “dueños”) se acelera a ritmo vertiginoso: por citar al más conocido, “Los Grobo” poseen en la actualidad unas 150 mil hectáreas para cultivo de soja en todo el país, siendo el 90% de ellas tomadas en arriendo.

Una de las consecuencias visibles de este modo en que se va configurando la economía ligada al agro, pareciera repercutir en el mercado inmobiliario. La consecuente expansión de la frontera sojera produce la expulsión de pobladores hacia las ciudades, donde la tierra y la propiedad comienzan a ser un bien cada vez más escaso. Al mismo tiempo, aquellos productores que decidieron alquilar su campo a los *pool*es, comienzan a “invertir” buena parte de las ganancias en negocios inmobiliarios.

liarios, en algunos casos en las ciudades inmediatas, pero con frecuencia en las grandes ciudades con preferencia Buenos Aires. Se podría inferir que, anticipando que el arrendamiento del campo a los *pooles* significa arriesgar el futuro productivo de esa tierra (que comienza a degradarse rápidamente), se apuesta a la inversión en inmuebles como una forma de asegurar el ingreso por alquileres, por ejemplo, cuando el campo se convierta en un probable lastre que tomará varios años recuperar. Del mismo modo, este camino parece ser el que toman muchos pequeños o medianos productores que decidieron quedarse con sus campos, apostando a la soja como cultivo principal, aunque hagan rotaciones estacionales principalmente para los rastrojos necesarios en futuras siembras. La inversión en inmuebles parecería ser la salida más segura para asegurar algún tipo de renta futura con bajo riesgo y, teniendo en cuenta los enormes márgenes de ganancia que la soja deja en este momento, no se hace demasiado extraño pensar que la especulación del negocio inmobiliario sobre los terrenos y la propiedad esté anudada al precio internacional del “yuyito” y las tasas de rentabilidad, sea directamente por producción o indirectamente por arrendamiento.

Por otro lado, comienza a visualizarse con mayor relieve la conformación de “cordones” de población en las periferias de las ciudades, donde generalmente aparecen posibilidades habitacionales para los peones rurales que silenciosa pero incesantemente han iniciado su proceso de migración del campo a la ciudad. Ya sea accediendo a alguno de los diferentes planes de viviendas, ya sea alquilando una habitación, una “casilla” o tratando de construir en algún terreno “disponible”, el desplazamiento (¿no forzado?) de miles de campesinos, pequeños productores, peones o jornaleros ha venido produciéndose de manera ininterrumpida desde que comenzó a expandirse la “frontera sojera” por todo el país, alcanzando ya a provincias que históricamente se habían caracterizado por albergar cultivos tradicionales (en poblados, puestos rurales, fincas) y cría de ganado a pequeña escala, y que también se habían “especializado” en cultivos con demanda específica en el mercado internacional (tabaco, algodón, porotos, olivos, entre otros). Si bien estos cultivos especializados no han desaparecido y siguen manteniendo su valor competitivo de mercado, no son pocos los productores que, habiendo evaluado los enormes márgenes de ganancia de una soja resistente a las plagas –glifosato mediante– y los suelos más agrestes, iniciaron la reconversión de sus tradicionales campos al expandido modelo biotecnológico del nuevo “oro verde”. En provincias como Jujuy o Salta, una de las limitantes podría darse en que

la gran mayoría de los productores tabacaleros tienen fincas de pocas hectáreas, no siempre redituables para cultivo de soja a gran escala. Sin embargo, en la medida que esas tierras se alquilaran y/o concentraran en pocas manos, la cantidad de hectáreas aumentaría y por lo tanto la opción de “hacer soja” se volvería mucho más factible³.

La expansión de la frontera de *agronegocios* vía el “yuyito”, no sólo va diezmando los puestos de trabajo, sino además bañando de glifosato los suelos, el aire y la vida cotidiana de quienes viven en zonas rurales. El desplazamiento actúa así multiplicando sus capas: migración por desaparición del trabajo, migración por endeudamiento/arriendo de la tierra, migración por envenenamiento del medio ambiente, migración por coacción y violencia efectiva para abandonar tierras “novedosamente” productivas. Capas sucesivas, simultáneas, yuxtapuestas que devienen modos actuales de *hacer ciudad(es)*.

Evocando los pliegues históricos de la efemérides jujeña, aquella gesta “patriótica” que rememora el llamamiento de Belgrano a *sacrificar* en la partida todo vestigio de vida y fuente de alimento para diezmar al enemigo, parece retornar como un relato invertido y deformado que disfraza en su retórica la filigrana de una derrota infinitamente dolorosa. Ese otro “bicentenario” más soterrado se pliega sobre sí mismo, “celebrando” un *Éxodo* invisible cuyo sentido “patriótico” se anuda ahora e irremediablemente al Progreso, el Desarrollo, el Futuro. Es otra definición del *sacrificio* por la “patria” –que se refunda en una semántica de lo *Estatal Nacional y Popular*– y que supone una multiplicación de *éxodos* silenciosos, necesarios y razonables por el “bienestar general”. La soja desplaza, corre a la gente de los campos, pero la soja *produce* el “progreso” del país, generando la entrada de divisas indispensables que redunden en políticas “sociales”, mientras tras la huella los surcos agrietan lentamente su camino de páramo desértico, tierra arrasada y quemada como en la gesta de 1812, pero previsiblemente sin retorno.

Hacer ciudad(es) parece erigirse, entonces, en la única alternativa posible de albergar y disponer de contingentes de personas que, como señalaba Manuel Rozental, “están sobrando” en algún lugar. En principio,

3 Aquí cabría analizar el caso de Alfredo Olmedo en Salta: en la actualidad es el productor de soja con mayor cantidad de tierras propias no arrendadas, en una zona considerada tradicionalmente marginal para la agricultura. El grupo familiar de los Olmedo posee cerca de *110 mil hectáreas*, dedicas en su mayoría a la soja (principalmente en Salta, pero también en Santiago del Estero, Formosa y La Rioja).

sobrando en las zonas rurales donde la combinación de innovación genética y sofisticación tecnológica parece haber instalado un paradigma de explotación de la tierra que no tiene marcha atrás y que alegóricamente condensa en *la soja* como sustantivo ineludible, pero que en verdad da cuenta mucho más del carácter mutante del *neoextractivismo colonial*: agronegocios, minería a cielo abierto y biocombustibles como formas de depredación del ecosistema que buscan combinar la máxima tasa de ganancia con la menor cantidad de tiempo y cuerpos posibles. Combinadas, estas mutaciones (y otras potenciales) pueden habitar la enunciación política sin contradicciones que cuestionen desarrollo y bienestar, explotación y futuro o progreso. Porque ellas fundan los términos lógicos sobre los que se monta *esa enunciación* que se da a sí misma una épica, una narrativa política y una refundación del Estado, ocultando cualquier principio de contradicción que sólo parece hacerse visible con la irrupción de los particularismos, de los *fragmentos* que reponen la espesa textura de lo político.

La toma en el Indoamericano, la toma de tierras en Jujuy, el conflicto con la comunidad indígena Qom, las asambleas ambientalistas anti-mineras a lo largo de las provincias cordilleranas, las luchas del Mo-case por resistir el avance de los agronegocios... *particularismos* que ponen en relieve las tensiones que supone definir políticamente *lo común*, clausurando su sentido en la fórmula del “bienestar general”. Un “general” devenido centrípetamente estatal y que se fagocita toda diferencia para vomitarla luego bajo la forma de “política pública”. La “patria” es entonces “el futuro”, horizonte de “progreso común” que instala una lógica política binaria sin demasiada porosidad: un reclamo singular que roce el núcleo duro del “modelo de país”, es un reclamo desoído, olvidado, desplazado y que rápidamente puede connotarse como carente de sentido, de “inteligencia”, de visión “a largo plazo”. Porque lo que un *particularismo* puede desenmascarar en esa condensada retórica épico-estatal, es la sumisión de la política a otra lógica que la ordena y a la vez adopta el esquizofrénico disfraz de “enemigo” en el discurso disciplinante. Sin embargo, esa lógica que configura al Mercado es la que subyace en la configuración del Estado, y todo gesto que intente correr el velo que esconde esa sutura correrá la suerte de ser definido políticamente como una *singularidad* que no puede, no sabe, no entiende cómo subirse al “tren de la historia”.

¿*Hacer, poblar, engrosar, expandir ciudad(es)* es una consecuencia “no deseada” de la consolidación de un modelo de explotación de la tierra y los recursos, o forma parte de un cálculo político más amplio del que

apenas vemos sus aristas? La respuesta no parece sencilla y, en todo caso, lo que alcanzamos a percibir son esos *fragmentos* que reponen tensiones más profundas que las aparentes dicotomías expresadas esquemáticamente como izquierda-derecha. *Hacer ciudad* parece ser un modo de gestión de un “excedente poblacional” que es desplazado de los contextos rurales en que desarrollaron sus vidas, sus economías, sus politicidades (sean campesinos o pueblos indígenas), hacia conglomerados urbanos que engrosan “cordones” periféricos habitacionales en los que, paradójicamente, nuevamente la “tierra” pasa a ser un problema. Se transforman así en un nuevo excedente disruptivo –aquello que desborda la planificación *idealizada* de la ciudad–, sin un pasado “urbano” (son esos “otros” que *llegan* a la ciudad) y habitando un presente político incierto en que se intentan resignificar viejas luchas en nuevos contextos, a la vez que se vuelven objeto de políticas sociales (cuando no represivas) compensatorias, habitacionales o “productivas”... sostenidas a través de ese mismo modelo económico que los expulsó hacia las ciudades. Esta dinámica no pasa por alto el *agenciamiento* voluntario de muchos pobladores rurales que deciden migrar hacia “la ciudad” en búsqueda de mejores oportunidades laborales –tendencia que no ha cesado desde mediados del siglo XX–, pero lo que intentamos es reponer la transformación sufrida en las últimas décadas por los modos de gestión, explotación y producción de la tierra y los “recursos”, que coacciona a un éxodo silencioso mientras los campos dejados atrás se concentran cada vez más en poquísimas manos.

En consonancia con una tendencia que se replica a escala global, y aún acelerándola, la Argentina ha ido concentrado la mayoría de su población en los centros urbanos, especialmente en la Capital y el gran Buenos Aires, desde los años 50' en adelante⁴. Teniendo en cuenta que para el año 2008 se estimaba que más de la mitad de la población mundial vivía ya en conglomerados urbanos (informe de la ONU), los indicadores en la Argentina muestran cómo desde 1980 a la actualidad el índice de población urbana creció cerca del 10%, alcanzando en la actualidad el 90% de la población total del país: esto es, de poco más de 40 millones de habitantes, cerca de 36 millones viven actualmente en *ciudades* y apenas unos 4 millones en zonas rurales. Si bien desglosando estas cifras podemos ver una centenaria concentración descomunal en el distrito federal y el gran Buenos Aires (38,9% del

4 Para el año 1914 la distribución de población daba un 52,7% en centros urbanos y un 47,3% en zonas rurales. Para 1947, los índices estaban ya 62,2% a 37,8%.

total país), no podemos pasar por alto casos como las ciudades de Santiago del Estero, Tucumán o Charata, conglomerados urbanos insertos en territorios de incipiente expansión sojera y que han ido creciendo intensamente en los últimos años. Como señalábamos antes, presentar estas cifras o tendencias no supone en sí misma una respuesta definitiva acerca de los flujos que dinamizan la vida en el campo o en la ciudad, sus variaciones, matices y complejidades. Lo que se intenta, nuevamente, es relacionar “datos duros” que dan cuenta de estos movimientos poblacionales con los modos en que se *hace ciudad* a partir de una economía neoextractivista que sigue expulsando a la gente de sus lazos territoriales.

Retomando el viaje por la Ruta 5 hasta Bragado, hoy todo se parece más a un gran laboratorio agrícola, una máquina de producción de granos en serie que no descansa, que extrae implacablemente hasta la última gota de savia de ese humus impertérito y que habita una soledad de gente que ya no está. De gente que guarda la memoria de su tierra habitando nuevas luchas por una territorialidad que construye ciudades.

EPÍLOGO

NOTAS SOBRE OCUPACIÓN, ULTRACENTRO Y DERECHO AL RACISMO

Ocupación (militarización)

Ocupar, resistir, producir
Consigna arcaizante de luchas pasadas

La conferencia de prensa de Maurizio Macri durante las jornadas reveladoras del Parque Indoamericano, comienza con un pedido: que el gobierno nacional no discrimine a la zona sur, porque hay negros y negros; que no abandone a esa franja de la ciudad; que envíe a la Policía Federal; que ponga a las fuerzas de seguridad y orden al servicio de los vecinos, en lugar de tenerlos en la custodia de festivales oficiales o pidiendo pizza por ahí. A más de una decena de meses de aquellas jornadas –ya cercanos a un nuevo y ultra sensible diciembre–, se podría decir que Macri ganó la partida.

Cinturón sur fue la respuesta de un gobierno más nacional que popular: militarizar la zona económicamente más pobre de la ciudad surgió repentinamente como un plan amigable. ¿Quién no tuvo un chileno de doméstico? Cinturón sur fue la respuesta ante la que casi nadie hizo nada. Hubiésemos esperado alguna reacción en serio de la progesía porteña; hubiésemos deseado que desde la nutrida intelectualidad oficial algún alma pura estornudara una idea (¡Imaginación, muchachos! ¿Quién pudo creer a esta altura del mundo que poblar la ciudad de canas y milicos puede ser una buena opción? Bajarlos del cuadro para ponerlos en los barrios pobres. Reformas, si las hay).

Entonces tenemos: que se militarizó la zona sur de la ciudad; que esto no le pareció mal a casi nadie (después de todo, Scioli viene dando el ejemplo –y no le va tan mal–); y que para los vecinos, con Gendarmería, todo es mucho mejor. Ahora se puede salir a caminar; ahora se puede volver a cualquier hora; ahora se puede ver una gorra cada 50 mts.; ahora se puede salir por televisión cerrada. Click.

Y Maurizio tiene más: si los vecinos me lo permiten, vamos a acudir con toda la fuerza que podamos –en defensa de los derechos del

vecino y de la Ley-. Pero un momento: –No quiero que se me acuse de xenófobo o discriminador-. Ni se nos hubiera ocurrido. O sí: que conste en actas: el buen vecino obedece la Ley, vive en esa sociedad libre, y (o porque, vaya uno a saber) transpira racismo. Todo al precio de uno. Y Maurizio entonces saca su flauta mágica: –Yo no tengo nada contra los hermanos latinoamericanos, pero nos vienen a sacar trabajo a los argentinos-. Una actualización, sin duda, de aquella obra maestra de la inmigración descontrolada: –La Argentina es un colador. Cualquiera de Paraguay, de Bolivia, de Perú entra como si fuera su casa. Es un desastre, un descontrol-. El macrismo no deja de ser maravilloso, una suerte de berlusconismo pacato.

Maravilloso, porque así y todo no se deja atrapar (con la facilidad que *Página/12* desearía) por el discurso de derecha. Tampoco por el caleidoscopio neoliberal. Más bien, promiscuidad ideológica compleja que pondría a Maurizio en serie tanto con Pinedo, Michetti, Burlich o Ritondo, como con Scioli, Capitanich, Soria o Boudou. Y el quilombo sigue.

Moraleja A: no es fácil pensar el mundo en clave de rigurosidad ideológica.

Moraleja B: paulatinamente, una década que comenzó en revueltas fue equilibrándose, normalizándose, (auto)regulándose, hasta la constitución de un tiránico ultracentrismo.

Moraleja C: sálvese quien pueda.

Ultracentro

*Sin embargo el centro cierra también
el juego que él mismo abre y hace.*
J. Derrida

Ultracentrismo podría llamarse a este curioso fenómeno. El ultracentrismo de una sociedad libremente vigilada donde imperan los vecinos. Y qué es el vecino sino aquel que es social, económica y racialmente similar a Uno. Maurizio lo dice bien en esta conferencia de prensa: el vecino es el “propietario, el que paga impuestos, el ciudadano”. Ultracentrismo ingenua y eficazmente racista basado en la ilusión de que excluyendo al Otro se vive entre (vecinos) iguales. A esta ilusión entregan su propia libertad.

Sin embargo, el ultracentrismo no parece responder ni a un mero equilibrio ideológico ni a un aristotélico gusto por la moderación. Más bien, parece motorizado por cierta relación –hasta hace poco impensable para muchos de nosotrxs– entre el hecho económico y la propensión subjetiva. Contra cualquier posible pronóstico, términos tales como “exportación de grano”, “aliento a la sociedad del conocimiento” o “retórica de derechos humanos y sociales” no dan lugar a un conflicto abierto, sino a una conciliación dinámica y axiomática.

El extremocentrismo, como en un teatro de máscaras, multiplica sus rostros: abiertamente inclusivo e integrador; compasivo y paternalista; policial y patotero. Grupo de choque sindical o gendarmería para el desalojo de comunidades o gestión de la calle, por momentos; asignación universal por hijo y ampliación de jubilaciones, en otros. Y en los intersticios: el trabajo sucio para el gobierno de barrios y finanzas. El extremocentrismo tiene una cara posible por cada afluente del que se nutre. En todos los casos se beneficia (y exige) cierta madurez para comprender el “momento”. Pero, ¿qué tipo de senilidad nos conduciría a ver por separado aquellas premisas que no cesan de reenviarse unas a otras: la acumulación por desposesión, el discurso del desarrollo y las dinámicas de los derechos?

Curiosamente, la narrativa que hace de argamasa de estos disímiles rostros es la restitución de “lo nacional” (la argentinidad, el pueblo, la “vecindad”) como conjuntos predefinidos. Fiesta del Bicentenario y que se amplifique la buena onda.

Y en esta tierra libre de vecinos (“somos buena gente”, intenta autopersuadirnos la curiosa y terapéutica publicidad oficial), cualquier iniciativa política debe sobreponerse a un dilema de hierro: acomodarse al poderoso ultracentrismo que caracteriza la situación presente o intentar, aún sin gran fortaleza, romperlo. Las inclinaciones y matices hacia uno u otro lado podrán ser sutiles, pero nunca indiferentes a la dinámica del ultracentro que se sobreimpone como férreo dilema.

Hay argumentaciones tontas y sutiles, razones verdaderas y mezquinas para participar tanto de él como de su ruptura. Pero la consolidación del ultracentrismo político, en el mejor de los casos, condena a más de uno al análisis, a la crítica analítica, a un papel en extremo pasivo, más distante de la cruda política, de lo que hubiésemos imaginado poco tiempo atrás. En el peor, su contracara más interesante: la “crítica cómoda”. Crítica acomodada –oficialista u opositora, da igual– que se va constituyendo siempre “a salvo” de las condiciones reales que impone

la trama material del ultracentro (con su carga de cálculos, usos y lógicas varias). El críticoacomodado –no importa su ideología y posición político-retórica– se encuentra siempre exceptuado de enfrentar la exitosa operación de resignificación con que el ultracentro afecta a cada uno de sus componentes a partir de un permanente juego de fricción, traducción y co-funcionalidades pragmáticas.

En plena exacerbación de una politización mediático-discursiva, el críticoacomodado es quien mejor logra eludir toda reflexión sobre el ultracentro entendido como el inconsciente mismo de toda enunciación mediática: revivificación de la semiótica capitalista en el campo imaginario, tecnológico y simbólico.

Conocemos hasta ahora una forma de esa tentativa de ruptura: la ruptura global. Además de sus reiteradas muestras de impotencia frustrante, esta tentativa oscila entre un oportunismo táctico y una radicalización abstracta (abstracta por su consistencia de mera consigna sin sujeto social real).

Hipótesis ad hoc: el ultracentro tiene buena vida y posibilidad de perduración en medio de una crisis global que, se la quiera escuchar o no, tal vez golpee la puerta. Impulso nacional, prudencia del conjunto de las clases.

¿Qué hacer? Imaginamos que se trataría menos de “romper” esta posición desde algún tipo de subjetividad preformada y alternativa que de identificar y promover dinámicas producción de subjetividad no-centrista. Dicho de otro modo: no se trata tanto de apostar a una substracción radical “e imposible” respecto de lo mediático (el medio es el mensaje, el mensaje es el mundo) como de acentuar una dimensión bélica de la escritura, de la imagen y de la lengua a partir de dinámicas no representables de la praxis.

Y el método, finalmente, para detectar/producir estos procesos no está en la imágenes globales de la macropolítica, sino “como decíamos al comienzo– en el caso y en el fragmento. Lo que en términos filosóficos llamamos universal concreto.

Un racismo que se disemina y contagia en silencio; un ultracentrismo que se vuelve horizonte compartido y sentido común; Maurizio Macri y la toma de tierras en el Indoamericano. Un caso, un fragmento de realidad que permite ver la complejidad de subjetividades actuantes, las potencias/impotencias de sus cuerpos, las pasiones de una época.

Derecho al racismo

No me gusta que usen la fuerza para repeler... simplemente habría que hacer algo para que no vengan más al país. Solamente deberían venir todos aquellos que demuestren tener un patrimonio aceptable, con un plan de vida aceptable. El hecho de que la frontera no exista y vengan a la pavota lo único que trae como resultado es esto: vivir en una villa.

Juan Carlos, Vecino

Concretamente: Maurizio Macri asume su racismo no tanto cuando vincula el delito a la pobreza y la pobreza a hermanos migrantes a los que habría que devolver de una patada en el orto a su país (fórmula matemática excepcional), sino sobre todo cuando restringe su noción de ciudadano (es decir, los que tienen derechos en la ciudad, a sus hospitales y escuelas –hechos mierda–, por ejemplo) a aquellos que tienen propiedad y que pagan sus impuestos. En una palabra: casta superior de ciudadanos-propietarios, casta menor de esclavos que sólo en tanto tales pueden circular por una ciudad bien ajena. Civilización y barbarie, again. Un retorno a los dueños de la tierra, pero en su versión maceta (chiquitas, de pocos ambientes). Entre estos derechos vip de los vecinos-propietarios se halla el derecho al racismo.

El Indoamericano nos muestra que la ocupación de tierras y la organización social no se da según el modelo de las tomas comunitarias de hace algunos años y décadas atrás. El puntero que las organiza es una figura gris, intermedia entre dirigente político, trabajador precario freelance y militante social. Sí, todo eso.

Ni el Estado mismo es lo que era.

Con todo, el triángulo arriba propuesto como base del ultracentro (la puesta en equivalencia de la acumulación de exportación de granos, el aliento a la sociedad del conocimiento y la retórica de los derechos) exige el despliegue constante de una micropolítica del orden cimentadas en la lucha por la conquista y pleno goce de un derecho a la desigualdad. Esto sí que es un país en serio.

Así, el derecho al racismo participa del derecho más general a inscribirse en la cadena jerárquica de las diferencias sociales. Cara reaccionaria de la inclusión social, es más bien próxima a la opinión progresista generalizada: el derecho al racismo se encuentra en el

centro de la guerra civil de modos de vida. Más concretamente: cada vez que alguien invoca el derecho al racismo, lo que se pone en juego es el hecho mismo de lo que entendemos por “tener una vida” o “ser una persona común”.

¿Con qué rasgos se compone ese común? ¿Qué marcas sitúan al margen? ¿Quién es un ciudadano común? ¿Es común aquel que lucha por inscribirse en el encadenamiento de las diferencias jerárquicas que constituyen lo social normalizado? ¿O, acaso, es aún más común aquel otro que, impedido de hablar en nombre de ninguna de estas jerarquías, se presenta en toda su “desnudez” de derechos y ante cuya presencia se activa la amenaza? ¿Es común aquel que tiene derecho a pedir protección pública o aquel que arriesga a cuenta propia y, más bien, constituye la amenaza a eliminar? ¿Es común el hombre investido de derechos y deberes o el genérico “ser humano”? ¿El que dice: “trabajo y vivo acá (cuando no, pago mis impuestos)” o el que dice: “tengo hijos, necesito donde vivir”?

De este modo, el derecho al racismo preserva y aumenta la eficacia de la diferencia social. Produce social eliminando la dimensión genérica de lo humano como tal, como objeto de derechos.

Dijimos: el derecho al racismo tiene como sustento el derecho a la desigualdad que rige nuestra socialidad. Pero el racismo no es cualquier desigualdad. El racismo moderno surge en un régimen de legitimidad propiamente liberal que supone la plena igualdad entre las personas (al menos formal) y, por tanto, está obligado a disimular-justificar la desigualdad real. El racismo es, así, una explicación para la reproducción de la desigualdad real.

La “racialización” o “etnización” es una producción ad hoc. Consisten en otorgar rasgos poblacionales a una relación social de subordinación que se pretende disimular o jerarquizar.

No es difícil advertirlo: el derecho al racismo está garantizado en buena parte de la ciudad y para gran parte de los vecinos. Se da por descontado en todos los barrios en los que no sería imaginable la construcción de viviendas sociales, ni la toma de tierras. Es bastante fácil ser “no-racista” en condiciones en que la diferencia social/racial viene garantizada. Llamamos a esta figura tan familiar progresista abstracto.

La lucha por extender a toda la ciudad el derecho al racismo constituye un elemento real y de base del movimiento social reaccionario que da en llamarse “los vecinos” y que irrumpió en el Parque Indoamericano

para defender una idea de lo público: aquello que es para uso común de los “vecinos”. Un movimiento social desde abajo, auto-organizado, proclive a la acción directa y a la violencia. Ese movimiento fue victorioso en su propósito (constituyó, como quien dice, hegemonía). Signos de esta victoria son tanto la valorización económica y social de la zona sur de Buenos Aires como su militarización por parte de fuerzas de seguridad. El Gobierno de la Ciudad, como vimos, no es en absoluto ajeno a este proceso.

En un nivel mucho más micro –pero no por eso menos general, menos sintomático– el derecho al racismo es equivalente al derecho a la reja (o a la cámara, o al alambre de púas). Se trata de actos de notable contenido estético y urbanístico que exhiben en sí mismos, y con toda su violencia, una demanda de protección frente a un otro que no respeta la propiedad privada (ni la pública) y que desvaloriza la vida en común. Que viene a usufructuar lo que es de todos sin cumplir con deber alguno (trabajar, pagar impuestos, embellecer el barrio, dotarlo de prestigio).

El racismo divide a la sociedad en dos, en cada ciudad, en cada barrio, en cada calle. Y produce cuerpo social y subjetividad por medio de esa división. “Los vecinos” no son, sino, el producto más evidente de la escisión entre aquello que es constituido como amenaza y aquello que se debe proteger.

De allí que el discurso antirracista no pueda funcionar con eficacia apelando a la existencia de “extranjeros buenos” (sean sumisos, laboriosos o héroes). Las propias comunidades de migrantes muchas veces toman este punto de vista: acogerse al ideal de migrante bueno y trabajador para ser aceptado. Y, claro, el propio poder opera sobre esta variable: la misma conferencia de prensa en la que se denuncia la “inmigración descontrolada” presenta a Maurizio Macri ladeado por un representante de la comunidad boliviana y otro de la paraguayana.

Es decir, se acepta al extranjero bueno. Porque el problema no es que la servidumbre sea de color y hable con acento extraño: el problema es que se altere la relación de servidumbre y devenga mera humanidad.

El reverso perfecto del discurso de Macri, por esos días, fue el de la presidenta Cristina Kirchner denunciando el racismo y proponiendo el valor cristiano de la vida por sobre el de los objetos materiales: “¿Quién no tuvo un portero uruguayo?”, se preguntaba.

Pero volvemos al punto de comienzo: la respuesta a la efectiva interpe-lación del defectuoso orador y más infortunado bailarín, sin embargo,

no provino tanto del virtuosismo retórico y humanista de la presidenta como del operativo Cordón Sur que pobló de gendarmes y demás fuerza del orden media ciudad.

Ganaron los vecinos, los propietarios, los ciudadanos. Ganaron su derecho a ser racistas, a incluirse con cierta solidez en una estructura social que existe porque produce jerarquías y produce jerarquías como rasgo más notorio de su existencia.

Pero, ¿hay otros modos de existencia posible? ¿Puede ser esto diferente? ¿Qué potencia tienen hoy las dinámicas colectivas de cooperación para pensar las cosas de otro modo? ¿De qué prácticas de des-guetificación, de des-racialización somos capaces? ¿Es posible asumir y volver condición misma de existencia la radical igualdad del humano en tanto humano?